



El padre:

Los modos
de una ausencia



Lidia Fernández Rivas
Lilia Esther Vargas Isla
Graciela Rahman Pereminsky



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD XOCHIMILCO División de Ciencias Sociales y Humanidades





UNIVERSIDAD AUTONOMA METROPOLITANA
UNIDAD XOCHIMILCO División de Ciencias Sociales y Humanidades

Portada: *Reflexiones sobre la melancolía*, 1992,
óleo sobre tela, 80 x 60 cm, colección particular,
Xavier Esqueda.

EL PADRE:
LOS MODOS DE UNA AUSENCIA

LIDIA FERNÁNDEZ RIVAS
LILIA ESTHER VARGAS ISLA
GRACIELA RAHMAN PEREMINSKY

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
Rector general, Dr. José Luis Gázquez Mateos
Secretario general, Lic. Edmundo Jacobo Molina

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA XOCHIMILCO
Rectora, Dra. Patricia E. Aceves Pastrana
Secretario de unidad, Dr. Ernesto Soto Reyes Garmendia

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
Director, Lic. Gerardo Zamora Fernández de Lara
Secretario académico, Maestro Roberto M. Constantino Toto
Jefe de la Sección de Publicaciones, Lic. Miguel Ángel Hinojosa Carranza

COMITÉ EDITORIAL

Presidente, Carlos Alfonso Hernández Gómez
Marta G. Rivas Zivy / Martha Riselda Martínez Vázquez / Myriam Cardozo Brum
Enrique Cerón Ferrer / Tesco Rafael López Vargas / Rogelio Martínez Flores

Primera edición, agosto 1997

Segunda edición, octubre de 2000

D.R. © 2000 Universidad Autónoma Metropolitana

Unidad Xochimilco

Calzada del Hueso 1100

Colonia Villa Quietud, Coyoacán

04960, México, D.F.

ISBN de la Colección: 970-654-452-6

ISBN: 970-654-061-X

Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*

Índice

Presentación	xiii
Introducción	xv
La palabra de Sara	3
En la prisión del espejo	3
El fracaso: un destino donde Sara busca (a) Refugio	25
Trinidad o de la función del padre	41
¿Qué es un padre?	69
Sobre el padre en el discurso de Sara	69
Sobre el padre y los modos de la ausencia	73
Glosario	75
Bibliografía para el estudiante	89
Bibliografía	93



Algunas ausencias dejan una dolorosa huella. En el lapso transcurrido entre la elaboración y la publicación de este trabajo, Graciela se fue. ¿Cómo decir que nuestra entrañable amiga, nuestra compañera, la coautora de este libro está ausente...? Ella está aquí, su presencia recorre estas páginas, nuestras vidas y nuestro quehacer académico. Está aquí, en el afecto, y de manera indecible en la memoria, en su brillante palabra, en este texto.



*Diego no conocía la mar. El padre,
Santiago Koradloff, lo llevó a
descubrirla.
Viajaron al sur.
Ella, la mar, estaba más allá de los altos
médanos, esperando.
Cuando el niño y su padre alcanzaron
por fin aquellas cumbres de arena,
después de mucho caminar, la mar
estalló ante sus ojos. Y fue tanta la
inmensidad de la mar, y tanto su
fulgor, que el niño quedó mudo de
hermosura.
Y cuando por fin consiguió hablar,
temblando, tartamudeando, pidió a su
padre:
-¡Ayúdame a mirar!*

EDUARDO GALEANO



Presentación

Este trabajo es el producto terminal de un largo proceso y constituye una respuesta tanto a nuestras inquietudes en relación con la ausencia del padre en la familia mexicana, como a la articulación docencia-investigación en la que estamos comprometidas a través de nuestro quehacer universitario. Su objetivo es constituir un apoyo bibliográfico al módulo Comunicación y lenguaje de la carrera de psicología e ilustrar un método de análisis del discurso.

Nuestra investigación está sostenida por muchas horas de tarea en común con familias que habitan un barrio de Tlalpan. Al calor de los encuentros con ellas fueron surgiendo interrogaciones, muchas de las cuales entretejen la trama de este texto.

El acercamiento a un grupo de familias mexicanas respondía a un objetivo: conocer algunas historias de vida, escuchar algo más acerca de un tema abordado con insistencia en las diferentes literaturas sobre la familia mexicana. Nos referimos a la ausencia del padre.

Del material de las entrevistas grabadas obtenido en la etapa de trabajo de campo, seleccionamos el discurso de una madre de familia por considerarlo especialmente significativo y adecuado para la aplicación de la metodología. La palabra de la señora Sara, en cuya voz puede escucharse la de muchas madres mexicanas, representa un decir paradigmático acerca de la ausencia del padre. Para ella, para ellas, es también este trabajo.

Nuestra investigación, asimismo, es constancia de la significativa presencia de aquellos que nos acompañaron en el camino y de la fecunda experiencia compartida. Queremos agradecer a la señora Sara su valiosa colaboración; agradecemos también a los alumnos que en las fases iniciales del proyecto

realizaron su servicio social con seriedad y compromiso, especialmente a Irma González, quien bajo nuestra supervisión realizó las entrevistas. Por último, queremos hacer especial mención de la valiosa participación de nuestra ex compañera y amiga Leda Doat, hoy ausente del país, quien colaboró durante la gestación de este trabajo.

Introducción

Son muchos los ecos que sobre la ausencia del padre se escuchan tanto en el ámbito literario como en el académico. Santiago Ramírez, en su estudio sobre la psicología del mexicano, señala que las características fundamentales de la familia mexicana son dos: “un padre ausente que aparece eventualmente y una madre abnegada y pasiva”;¹ por su parte, Octavio Paz ha señalado que por su historia y por las vicisitudes sufridas con el padre español, el mexicano es un sujeto signado por una problemática básica: la búsqueda de su filiación; a su vez, Juan Rulfo, con su *Pedro Páramo*, construye una grandiosa elegía al padre ausente.

Muchas voces emergentes del imaginario social pregonan esta ausencia; aquí intentamos transitar, con una mirada psicoanalítica, por otra vertiente de esta problemática cuyos efectos son de la mayor importancia en la vida de las familias. ¿El padre mexicano es efectivamente un padre ausente? ¿qué se quiere decir cuando se dice *ausente*? El término “ausencia” alude a lo empírico, a lo real. ¿Se habla entonces de ausencia total o de escasa presencia física del padre en la casa familiar? Ese, obviamente, es un modo de estar ausente; pero la ausencia o la presencia no se agotan en los límites de los cuerpos materiales.

La ausencia del padre imprime a la cuna cierto vaivén cuyo estilo acompaña el crecimiento de los hijos. Como poetizó Miguel Hernández, “se derrama hilo a hilo sobre la cuna”. La ausencia del padre está jugada en el universo psíquico de la familia, en la inestabilidad de sus sueños, sus ilusiones, sus deseos. Y la ausencia del padre también puede significar ausencia de inscripción en el orden simbólico. Es en ese registro donde el padre es una representación que

¹ Santiago Ramírez, *El mexicano, psicología de sus motivaciones*, México, Grijalbo, 1977, p. 60.

sostiene la vigencia de la ley. No de la ley en términos jurídicos sino de aquella que, según Lévi-Strauss, está en los orígenes míticos de la cultura. Ley que transforma el instinto sexual en pulsión, ley de prohibición del incesto.

La cultura requiere al hijo separado de la madre. Requiere un sujeto con posibilidades de autonomía, desprendido del pecho original. Un sujeto capaz de soltar amarras y descubrir sus propios horizontes. Y para que esta separación pueda tener lugar (teoriza el psicoanálisis) es necesaria la presencia de una función que la garantice. Una función simbólica que, al representar una instancia que tercia, abre una hendidura entre la madre y el hijo. Una distancia, un espacio desde donde el deseo de ambos podrá construir nuevos anhelos, más allá de ellos mismos. Esta hendidura es abierta por la palabra, por aquel arcaico doble mandato cultural que a través de la ley –y la ley es palabra–, funda el destino humano de cada nuevo ser, su deseo y su soledad, su historia de vida y muerte: “No cohabitarás con tu madre. No reintegrarás tu producto”. Algunos autores nombran a esta ley, la ley de la cultura; otros, como Lacan, la Ley del Padre. Padre con mayúscula. Una mayúscula que no se refiere a la estatura de ningún padre singular, sino que alude a una función simbólica. La ausencia del padre es, entonces, un concepto condensado que trae agua de diversos ríos. Es la ausencia real, el padre que no está en casa compartiendo la cotidianidad del grupo familiar. Pero es también el modo en que esa ausencia se inscribe en el suceder psíquico de cada miembro de la familia, en cómo se imagina esa ausencia, en qué fantasías alimenta, en qué leyendas. Si en este nivel de la ausencia paterna no existe otra instancia que se haga cargo de esta función de tercero, queda obturado el acceso al universo simbólico.

Esta ley, este límite al deseo incestuoso, ha de estar inscrito también en el psiquismo de cada madre. Porque también ha sido hija, ha sido cruzada por el lenguaje, ha ingresado en un orden de prohibición y promesa que le ha dado un nombre, un lugar en el intercambio de los sexos y en la sucesión de las generaciones. Pero no siempre ocurre así. La vida humana es incierta; a veces los trazos simbólicos son débiles, apenas se sostienen. No es fácil ser padre, tampoco ser madre. Es un trabajo costoso de deseos y renunciadas, de encuentros y desencuentros. Los modos de la ausencia, sus vicisitudes dentro del interjuego de lo real, lo imaginario y lo simbólico, imprimen trazos fundamentales en el diseño de la subjetividad de cada historia humana. Esto tiene que ver,

decíamos, con el padre y la madre, con su estructuración edípica y con la que recrean a partir de su vínculo. Y también con las circunstancias sociales e históricas en las que vive cada familia, porque éstas troquelan de un modo fundamental los andamios sobre los que se edifica la institución familiar.

¿Cómo escuchar la ausencia?

Este trabajo *habla* de Sara, o, mejor dicho, de una historia, de un discurso a través del cual nos internamos en el territorio de la ausencia del padre. Sara, al contarnos de su vida, va deshilando otras vidas que trascienden cualquier singularidad.

Sara aún no cumple los cincuenta años y vive en una vecindad de Tlalpan, con sus hijos. En las entrevistas, ella va engarzando relatos acerca de su infancia, de sus padres, sus hermanos, de su modo de vivir. Hablará de Carlos, su primer hijo, de su vínculo con él, de la aparición en su vida de Amando, su compañero y padre de sus tres hijos menores: Amanda, Laura y Martín. Su discurso recorre su vida cotidiana, sus preocupaciones, sus anhelos, sus recuerdos... y sus fracasos.

Hemos escuchado y grabado el discurso de Sara y su palabra ha sido un modelo para explorar de qué modo es nombrado el padre en el discurso de una madre. En esa palabra que suena y resuena día con día en la subjetividad de los hijos.

Escuchar a Sara no ha sido una mera actitud de atención auditiva. Siempre que hay una escucha, existe a la vez un marco conceptual que permea y recrea lo escuchado. Ese marco es, en nuestro caso, el psicoanálisis. Escuchar ha sido, pues, un aspecto de la metodología de este trabajo. Pero ¿escuchar qué? ¿escuchar cómo? Para resolver estos interrogantes es necesario hacer un breve recorrido por el lugar que el psicoanálisis da a la palabra y su articulación con el inconsciente, y, a partir de ello, plantear la implementación técnica que hemos realizado sobre tales bases teóricas.

Nuestro estudio intenta rastrear el lugar del padre en el deseo de la madre y sus efectos sobre la subjetivación del hijo, deseo que es, desde la teoría psicoanalítica, fundamentalmente inconsciente. ¿Cómo explorar entonces,

dado que el inconsciente no es un objeto material pasible de mediciones empíricas o capaz de ser interrogado por medio de una encuesta o cuestionario, y se resiste a las estadísticas? El inconsciente es sueño, es chiste, es adivinanza: dominó de palabras, mito, texto poético. Todo lo que el psiquismo humano expresa con palabras –y también sin ellas, porque el gesto, el síntoma, el silencio, operan como significantes–, lleva la impronta del inconsciente. Queremos decir que en el texto de un discurso, el inconsciente no sólo hace apariciones súbitas, explosivas, que desgarran la superficie manifiesta, sino que el inconsciente es el yunque en el que se acuña el discurso.

El psicoanálisis, que propone la escucha analítica como método de exploración de lo inconsciente, sostiene que éste habla desde su estructura homomórfica con el lenguaje. Sin embargo, el método que parte de tal conceptualización del inconsciente no es un método lingüístico. Si bien opera sobre el texto del discurso, no lo toma en su dimensión específicamente lingüística. Julia Kristeva plantea que “[...]el lenguaje que estudia el psicoanálisis no podría confundirse con el objeto-sistema formal que es la lengua para la lingüística moderna”;² destaca la radical diferencia entre “la concepción general del lenguaje” para cada uno de estos ámbitos de conocimiento, y señala que “el psicoanálisis imposibilita la costumbre comúnmente admitida por la lingüística actual que considera al lenguaje fuera de su realización en el discurso, es decir, olvidando que el lenguaje no existe fuera del discurso de un sujeto...”³ Esta concepción del sujeto como aquél que “se hace y se deshace” en su producción discursiva, permite aproximaciones metodológicas que rebasan el marco del proceso analítico clásico.

Sabemos que el hablar de “escucha” es un tema polémico fuera del dispositivo analítico y de la relación transferencial analizante-analista, y que nuestro trabajo encuentra un mejor lugar en el ámbito del psicoanálisis aplicado.

Partimos de que la transferencia es un fenómeno que desborda los márgenes del dispositivo analítico; de que el inconsciente florece en toda estación porque forma parte de la estructura simbólica de los sujetos, y siempre que exista un interlocutor que escuche su voz, habla.

² Julia Kristeva, *El lenguaje, ese desconocido. Introducción a la lingüística*, Madrid, Fundamentos, 1988, p. 272.

³ *Ibid.*, p. 278.

Desde nuestra perspectiva, los encadenamientos del significante, su secuencia, su repetición, van señalando en el texto del discurso el trabajo de producción de sentido, aquél que más allá de la sintáctica y la semántica, remite al inconsciente.

Esta lectura no pretende constituir un aporte teórico innovador. No tratamos tampoco de hacer clínica, de elaborar un diagnóstico de Sara. Sólo tratamos de escuchar más allá de lo que Sara nos entrega en su relato desde referentes teóricos freudo-lacanianos. Nuestro método fue escuchar el significante en su voz y su silencio, en sus condensaciones y desplazamientos, en su repetición y sus enlaces. Y tratamos también de mostrar cómo, el discurso, así escuchado, puede ser tan revelador como otras producciones del inconsciente.

En nuestra reflexión, reco(u)rrimos el (al) discurso grabado de las entrevistas con Sara una, dos, muchas veces. Buscamos internarnos en el texto, tropezar con los nudos, con las encrucijadas, atender el deslizamiento del sentido y la condensación en el énfasis y en la repetición. Se dice que un significante insiste cuando aparece en forma repetitiva a lo largo de un texto. Esta insistencia, vinculada al automatismo de la repetición, señala que el inconsciente ha saturado el significante al modo de los elementos condensados del sueño. Nos interesaba escuchar, a través de la palabra de Sara, cuál es el lugar que el padre ocupa en su subjetividad. Y esto, no porque nos interesara un caso particular, a modo de caso clínico, sino como modelo en la exploración de la forma en que aparece la función del padre en el discurso de una madre.

En nuestro rastreo del discurso de Sara tratamos de localizar aquél o aquellos significantes primordiales que develaran la organización de sus vínculos fundamentales: Trinidad, su padre; Refugio, su madre; Carlos, su primer hijo. Ello constituye el pivote de nuestro análisis.

No encontramos verdades últimas: pensamos que no existen. Lo que realizamos fue un trabajo de sondeo, de acercamiento al decir del inconsciente en el texto de un discurso, de búsqueda del padre en la palabra.



*Nacer es buscarse un nombre
hallarlo ya es morir.*

EDMOND JABÈS



La palabra de Sara

En la prisión del espejo

¿Desde qué tiempo?, pregunta Sara cuando es invitada a hablar de su vida. Y empieza desde el nacimiento de su primer hijo. Sara organiza el tiempo de su relato, el tiempo de su historia, a partir del vínculo con ese primer hijo, a quien da el lugar de lo que ella tenía, de lo que tenía primero, antes...

Bueno, empezando porque cuando yo conocí a mi esposo, yo ya tenía a mi primer hijo, entonces pues... tuvimos este... una amistad, después de esa amistad llegó una comprensión entre los dos y entonces tuvimos a la primera niña que es Amanda.

Primer hijo: Carlos, quien lleva el nombre de uno de los hermanos de Sara; pero que surge como sin nombre y sin padre en el discurso, que aparece como sólo de ella y que ocupa el lugar de lo que ella tiene en el momento del encuentro con Amando. Lugar privilegiado y no compartido el de este primer hijo de Sara, que en el discurso materno queda diferenciado de Amanda, “la primera niña”, reconocida como de ambos y que lleva el nombre del padre.

Cuando la niña tenía ocho meses, me... di cuenta que él tenía su esposa. Por lo cual yo había tenido

*el primer fracaso y no quería
volver a tener otro fracaso, porque
yo vi que mi hijo sufría por
cuestión de que yo tenía a mi hijo
trabajando en el taller donde
yo trabajaba ¿no?, entonces no
tenía amplitud de correr, de
disfrutar de nada, tenía que estar
allí conmigo en un cuarto redondo.*

“Primer fracaso” de Sara, pero, ¿de qué habla cuando dice *fracaso*. ¿Fracasa por haber tenido un hijo? ¿por tenerlo sin padre? ¿porque el padre de su hija tenía esposa? El hijo es lo que ella tenía y lo que ella tenía es “el primer fracaso”; fracaso encarnado en un hijo, pero que se desliza del hijo al hombre que la engaña, que no le dice que tiene esposa. El fracaso se expresa también en el ver sufrir al hijo en un cuarto redondo, sin posibilidad de un espacio entre los dos, sin alguien que los separe. Y dice también que el hijo sufría porque lo “tenía...trabajando” en el taller. Primera manifestación de un vínculo en el que Sara y su hijo se confunden, “... yo tenía a mi hijo trabajando...”. ¿Quién trabaja? Las ocasiones en las que en el discurso de Sara aparecen Carlos y ella como uno solo, son múltiples. Carlos aparece frecuentemente fuera de su lugar de hijo, en un lugar aparte de los otros hijos de Sara.

*... como yo le digo, Carlos no es
hijo de él, cuando yo conocí al
padre de mis hijos Carlos tenía
cuatro años y medio, entonces para
Carlos no hay otro padre más que...
mi marido.*

Amando es el padre de sus hijos, y Carlos no tiene lugar de hijo entre los otros hijos: está aparte.

Carlos y Sara son uno y a la vez son pareja, pero en pareja especular en la que a veces no parece haber reconocimiento del hijo como un otro.

*... Entonces al año y medio ya
tuvimos relaciones íntimas con
el padre de mis hijos, salí yo
embarazada de Amanda entonces el
padre de mis hijos fue para Carlos
más que un padre, nació la niña
entonces ya que entró a la casa,
jamás le faltó a Carlos zapatos ni
pantalones ni comida, nada jamás le
faltó nada a él.*

“... ya tuvimos relaciones íntimas con el padre de mis hijos...”, ¿Sara-Carlos tuvieron relaciones íntimas?... ¿Con Amando? ¿Por qué dice Sara tuvimos? En el plural que usa Sara, en la ambigüedad de su palabra desplaza con frecuencia al hijo de su lugar.

*Carlos siempre fue responsable y
me pasaba un gasto. Cuando me pedía
para unos pantalones yo le daba y
si no me podía pasar gasto yo si
pasaba la semana se lo pedía, luego
no me daba el gasto el domingo, el
día lunes temprano le decía
¡ándale, antes de que te vayas me
das el gasto!, y luego decía: ¡ay!
hasta parece que me voy a ir, que
usted siempre está exigiendo. Si
mijito porque aquí se come, se
lava ropa. Luego ya me daba el gasto.*

Carlos “pasa un gasto” en la casa; papel de proveedor de la familia, que al decir de Sara correspondería a Amando. Pero no es ésa la única función que Amando, con su ausencia, facilita que Sara deposite en Carlos. El mismo Amando le pide que tome su sitio cuando él no está.

Una vez Amando le dijo a mis hijos: Amandita quiero que tú respetes a tu hermano, yo me estoy aquí en la casa, pero Carlos me está representando y lo que Carlos diga eso se va a hacer, no quiero que contradigan a tu hermano porque él tiene que cuidarlas y me está representando. En una ocasión Laurita salió con unos amigos a una fiesta y con primos, Carlos se la encontró pero Laura venía con un amigo que ya es su novio y Carlos los regañó: Aquí se respeta a mis padres y no porque no están tú vas a... porque era sábado y yo no estaba. Un día llegó Carlos con mi esposo y yo y nos dijo que no le parecía que Amanda viera a su novio cuando nosotros no estuviéramos, o sea que por desgracia el padre de Carlos se llama Juan y el novio de Amanda se llama Juan. Y mi esposo le pidió a Amanda que cuando no estuviera él o yo, no llevara a Juan a la casa, porque a Carlos no le parece.

El padre es una figura evasiva en el discurso de Sara. Tanto Juan como Amando asoman siempre, pero en un juego constante de presencia-ausencia.

Cuando Carlos entró en la escuela entonces esta persona iba a verme de vez en cuando, cada mes o dos

meses. Cuando yo me alivié de Carlos dejé de trabajar, se me juntaron tres meses de renta y era un dineral. Entonces iba yo a su trabajo de él. Me piden la renta, ¿qué hago? No tengo dinero, me decía. Me dio treinta pesos de gasto. Al ver que no me dio dinero me puse a trabajar, él iba cada vez que se le daba la gana, así duramos hasta que mi hijo tuvo cinco años. ... El padre de Carlos nunca se preocupó por él, si éste le pedía dinero, él le decía que después y esto se le fue grabando mucho a Carlos.

Sara y Carlos aparecen como abandonados por Juan quien, nos dice Sara, se hizo a un lado de sus responsabilidades de proveedor y de su papel de padre. Sin embargo el deseo prevalece y se expresa en la demanda de Carlos. Porque Carlos pide padre, se lo pide a Sara, requiere a Juan...

Entonces cuando Carlitos entró al kinder él lo iba a ver y ya llegaba yo y me decía, fíjese mamá que vino mi papá. ¿Y qué dijo? Pues dijo que le dijera a usted que fuéramos a verlo, que él quería comprarme ropa pero que vayamos a verlo a su trabajo. ¿Cuándo vamos a verlo, mamá? Un día de éstos, y así lo trata. Entonces un día Carlos me dice, mamá ¿por qué mi papá no viene con usted? ¿por qué no vive con nosotros?

Carlos busca padre cuando es un pequeño de “kinder”, y aún ya mayor, cuando necesita un traje...

Una vez Carlos necesitaba un traje y le pidió dinero a su papá y éste le dijo que no tenía, que ya que se había empeñado en decirle papá y tener otro papá que le pidiera a esa persona, que él no tenía para darle nada.

El discurso de Sara es ambivalente respecto a Juan. Al mismo tiempo que nos dice: “... el padre de Carlos nunca se preocupó por él...”, nos relata que lo visita en la escuela, que ofrece comprarle ropa y pagarle los estudios y que compite con Amando por el lugar de padre.

Cuando llegó Carlos en la noche, me dice ¿qué cree mamá? ¿qué pasó hijo? Fíjese que me encontré con mi tía Paola [hermana de Juan] y me saludó y me dijo que le había mandado decir mi papá que cuánto era de la colegiatura para que no le haga caso a ese señor con el que está viviendo tu mamá porque ése no es tu padre y que tú no tienes por qué obedecerle a él en ningún sentido, que tú bien sabes quién es tu papá. Pues si hijo ésa es la verdad tú bien sabes que Amando no es tu verdadero padre. ¿Y tú qué le contestaste? ¿qué le dijiste? ¿qué decides?

A Sara, tal vez por su propia historia, le es difícil saber qué es un padre. Si Juan es padre o no lo es. Así, le pregunta a Carlos: “¿qué decides?”. Sara le propone a Carlos que elija su filiación, que decida quién es su “verdadero padre”. ¿Es acaso posible tal elección? ¿cuáles son los obstáculos de Sara, cuál la confusión que la conduce a pedirle a Carlos que escoja al padre? ¿por qué interroga la madre al hijo sobre la verdad del padre? ¿Cree Sara que la demanda de Carlos contiene la respuesta? Carlos quiere que vayan a ver a Juan, y éste parece dispuesto a hacerse cargo de algunas de sus responsabilidades de padre, pero con la mediación de la madre.

*Entonces iba a verlo a la escuela
el verdadero padre: este... papá,
necesito este libro o esto otro
para la escuela o... No hijo pues
ahorita no tengo dinero, dile a tu
mamá que vaya a verme y yo te los
compro. Entonces le hablaba yo por
teléfono ¿por qué inquietas a
Carlos?, ¡déjalo por la paz!
Mi primer esposo me buscaba por
conveniencia, porque el día en
que esta persona me lleva el gasto,
él quería tener relaciones íntimas
conmigo, entonces yo no quería
porque no quería traer a otro niño
al mundo a sufrir.
... Pero ya Carlitos tenía cuatro
años o cuatro años y medio, para
Reyes, mi primer esposo [Juan] traía
un regalo para Carlos y dizque algo
de gasto pero también quería otra
cosa, pero eso sí ya no, ¡jamás!...*

Sara quiere al padre para su hijo, pero las condiciones de Juan la confrontan con una demanda sexual inquietante e inaceptable. La sexualidad parece peligrosa

para Sara. Así, la novela que nos entrega de su encuentro con Amando es que él la conquistó acercándose a Carlos y no mostrando interés sexual por ella.

Cuando yo conocí a su padre de mis hijos, él me dijo que no quería un, este... relaciones conmigo, simplemente porque nos conocimos en el camión; que no quería una relación conmigo, sino simplemente una amistad. A mí me caía pero completamente mal, porque siempre subía al camión, yo lo tomaba diez cuadras antes, y se paraba donde yo me sentaba y nomás se me quedaba viendo. ¡Ay infame cómo se me queda viendo! Y ni modo de bajarme porque yo tenía que llegar al trabajo. Él trabajaba una cuadra después de donde yo trabajaba, y me daba la mano y yo me hacía la tonta y me bajaba, y le decía a Carlos, ándale hijo porque allí está tu padre esperándonos en la esquina. Yo decía, a ver si así se larga éste, porque yo no quería otro problema con él: no, pues él seguía. Un día le tocó suerte de sentarse junto conmigo porque había asiento, y me dice ¿es su hermanito? no, le dije, es mi hijo. ¡Ah! qué bien y se puso a platicar con Carlos; y para mí, persona que ve a mis hijos, pues se gana todo mi cariño.

A Sara Amando “le cae mal” porque se para cerca de ella en el camión, porque la mira, le da la mano, porque insiste, pero Sara no quiere nada con él. Sólo que Amando encuentra la llave mágica y se pone a platicar con Carlos. Como con un “ábrete Sésamo” Sara cede, accede y, *permítele*, porque para ella “persona que ve a mis hijos, pues se gana todo mi cariño”.

Y entonces me dice ¿y bueno, usted por qué trabaja si no es indiscreción? Pues porque yo vivo sola. Y me dice, me gustaría tener una amistad con usted; a mí no me gusta relaciones con nadie porque mire, a mí me pagó mal una novia que tuve. Pensé, ¡qué bueno! porque no quiere relaciones y tiene uno con quién desahogarse... relaciones de... relaciones íntimas por ejemplo, relaciones de noviazgo, y decía yo con una relación de noviazgo él sabe que yo tengo a mi hijo y éste va a querer otra cosa y la verdad que para tener otro hijo, ¡yo jamás!, porque sé lo que está sufriendo Carlos. Y pues platicábamos, y un día me invita al cine y fuimos y yo se lo juro, él se sentó en su asiento y yo en mi butaca, ni siquiera me agarró del brazo, nada. Me cayó bien porque todos los hombres que yo había conocido pues uno me invitaba al cine que al teatro pero en sí, yo sabía que querían otra cosa, porque a las primeras de cambio me comentaban

otra cosa y yo los cortaba por lo sano.

... Él jamás de los jamases me pasó la mano por acá, me toc... nada, nada, quizá por eso yo le tuve tanta confianza.

Amando sólo quiere amistad, no la toca no quiere “otra cosa”. Por eso Sara le tiene confianza. Sexualidad representa hijo, es sufrimiento, es engaño y fracaso.

No entró enseguida, me chiflaba desde afuera y yo acostaba a Carlos y salía a platicar un ratito con él. Entonces ya sale mi hijo, y me pregunta, ¿mamá qué cosa es el señor de mí? nada mijo, es un amigo nada más, ya ves que nos acompaña aquí a la casa y ya luego se va.

Entonces un día, dice ¿oye cómo quieres que te diga, amigo o papá? No, Carlingas, mejor dime compadre y yo te voy a decir compadre. Está bien compadre.

Entonces un día no sé qué le dio a Carlos, como si alguien lo hubiera aconsejado, se salió con su pijama roja, lo fui a acostar y dice oye compadre yo nada más venía a decirte una cosa. Carlos tenía como cinco años. Te venía a decir si tú quieres ser mi papá. Mira Carlos eso yo lo tengo que platicar con tu mamá, y luego yo te digo, ¿qué te

parece? Yo sentí una tristeza muy grande por lo que mi hijo pedía. Entonces él me dijo ¿ya viste lo que dice Carlos? ¿qué pasa con la otra persona? ¿vas a volver con él? Yo me juré a mí misma que no volvería con él, por el encierro que tiene mi hijo...

Amando entra a la casa de Sara porque el niño lo pide. Amando entra en su vida a través de Carlos.

Sin embargo “el encierro” no termina. Amando no logra interponerse entre madre e hijo de manera eficaz. La ley paterna llama desde afuera, se queda un tiempo y se va. Hoy, Carlos es un adulto, se casó, pero aún no logra partir. Carlos encarna para Sara el fracaso pero también lo que ella tenía, su éxito, su tesoro, aquél que llena sus vacíos, el eterno bebé.

Carlos nunca lo dejé ser ¿cómo le puedo decir? un hombre... a pesar de que Carlos tenía dieciocho años cuando nos venimos para acá, si Carlos no estaba a las diez de la noche, entonces lo regañaba. Un hombre a... ¿cómo le diré?... quiero darle a entender... Carlos siguió siendo como un bebé, porque Carlos se salía a platicar, pero si no estaba aquí antes de las diez de la noche, yo le pegaba, entonces todos mis sobrinos se desarrollaron en ir a una fiesta, en llegar a la una o dos de la mañana, se iban a centros nocturnos y pues Carlos no tuvo esa libertad. Entonces mi

*esposo me decía, deja ir a
Carlos, que vaya a fiestas, que
venga a la una o dos de la mañana,
él tiene que ver lo que es bueno
y lo que es malo. Pero yo no puedo
dormir [responde Sara]; bueno
decía, eso está muy aparte de lo
que Carlos debe ser, a Carlos no lo
estás dejando ser un hombre, Carlos
es un bebé para ti. Bueno [dice
Sara] pues tú dirás lo que quieras
pero yo a Carlos lo tengo que tener aquí.*

“Tú dirás lo que quieras”, le dice Sara a Amando, pero no nos vas a separar. La figura paterna aparece aquí como impotente para poner límites, para evitar que el deseo materno se imponga. A Sara le quita el sueño la posibilidad de perder a Carlos, de que sea un hombre, de no tenerlo ahí, con ella, como siempre, como antes, como cuando estaban encerrados en un cuarto redondo.

*Un día me dijo Carlos, mamá quiero
hablar con usted pero a solas,
porque estaban allí mis hijos. ¿Qué
te pasa? Mamá me quiero casar.
Estás loco idiota, le digo, con
qué la vas a mantener; qué te vas a
casar ni qué te vas a casar. ¿Se
podría saber con quién? Pues con
Lupe. Mmmmmh, mi hijito y menos con
ella: yo no te la pido.
Pues ya sabes Carlos yo a esa
mujer no te la pido, si tú quieres
casarte cástate pero yo no te la
pido porque tú sabes lo que es;
entonces llegó mi esposo ¿qué*

pasa? Pues que Carlos quiere hablar contigo. Papá, dice Carlos, pues yo me quiero casar y mi mamá no quiere pedir la mano de la novia. ¿Con quién te quieres casar? [pregunta Amando] ¿por qué no me dijiste en la mañana? tú sabes que no tengo tiempo entre semana, hijo.

Mi esposo me dijo: correctísimo, ¿por qué no la quieres ir a pedir? Porque yo no sé la clase de mujer que es ella [responde Sara]: no es mujer para Carlos. ¿Tú vas a tener la responsabilidad? me dice

[Sara contesta] no... pero no quiero que mañana o pasado digan algo de Carlos. Bueno, [dice Amando] avisale a los familiares que yo voy a ir a pedírtela. Mi esposo me dijo date cuenta que él la quiere.

Pero mira que Lupe tuvo quién sabe cuántos hombres y ahora Carlos se va a casar con ella y vas a ver los problemas que va a tener después [dice Sara]. Pero tú no los vas a cargar sino Carlos [dice Amando].

Sara considera que para Carlos no debe haber más mujer que ella. Casarse, elegir a otra, es estar “loco o idiota”. Carlos pierde todo su valor si se aleja de ella porque sólo ella se lo da, porque no tiene valor por sí mismo. Lupe no es mujer adecuada

para su hijo “porque ha tenido quién sabe cuántos hombres”; pero tampoco Carlos es adecuado para ninguna otra mujer que no sea ella porque “no puede mantener a nadie”. Sara hace pesar sobre Carlos el estigma que marca a hombres y mujeres de su novela familiar, el cual poco a poco veremos surgir, y aunque acaba por ceder ante una eficaz intervención de Amando, le augura el fracaso, una vez más, el fracaso.

Entonces Carlos ha llevado una vida... él se quiere divorciar porque no es feliz, su esposa tiene... arranques de locura yo creo, lo trata mal, es muy floja, le dice a él que la niña que tienen los dos no es de él, que es un tonto; yo le digo: Carlos: te lo dije.

Ella *sabía* que Carlos no sería feliz. Dimensión absoluta del saber materno que advirtió lo que ocurriría. “Te lo dije”, dice Sara. Te dije que alejarse de mí era perder la felicidad. Presagio y mandato que se impone desde más allá de la voluntad de la madre, desde las tramas de la filiación.

Ahora, Sara pregunta a Carlos que cuándo se va a separar de esa mujer que tiene “arranques de locura”; que quiere arrancárselo, que pretende desgarrar al hijo del cuerpo materno.

Entonces le digo a Carlos, ¿cuándo piensas salirte de allí? Salte, arreglen sus cosas como marido y mujer, si no llegan a un acuerdo entonces sepárense, y me dice, no, pues sí. Entonces me estaba diciendo la semana pasada que habían acordado el lunes ir a ver al licenciado para separarse. Ahora Carlos ha cambiado mucho,

*cuando viene a la casa nada más
platica conmigo. Con las hermanas,
con quienes siempre bromeaba, ya
casi no les habla. Antes se las
llevaba a las fiestas aunque a él
no le gusta bailar, tomar ni fumar.
Le digo a Carlos, ya estás
peor que yo, yo porque estoy vieja
pero tú que empiezas tu juventud...
Entonces me dice, ojalá y que Lupe
no se arrepienta, ya quedó que
vamos a ir al licenciado...
Cuando vienen los dos a la casa
ella se toma un vaso de agua y le
dice ¡ya vámonos, Carlos! y él se
levanta como corderito y se va.
Entonces a sus hermanas las saca
de quicio porque le dicen, pero
mira Carlos ¿qué no te puedes
imponer? si ella está todos los
días con su mamá, ¿por qué a ti no
te deja estar un rato en la casa?
No pues que... para no tener
problemas. Pero ése no es problema,
solamente que te fueras con los
amigos, que te fueras a tomar, que
te fueras a una fiesta, entonces si
podía decirte, pero si estás en la
casa... No, si no me dice nada,
pero no quiero discutir con ella.
Luego viene y se queja de que Lupe
no le da de desayunar porque no le
da dinero suficiente. Carlos no
gana mucho dinero...*

Carlos ha cambiado, ya no bromea ni va a fiestas con sus hermanas, es incapaz de imponerse, gana poco dinero, no puede, no tiene. Carlos no es feliz, debe separarse, debe regresar.

Sara sigue reservando en su casa, el lugar de Carlos; sigue siendo la dueña de la palabra e interponiéndose en la relación; Sara habla por él e imagina un discurso para Lupe. La palabra de Carlos en el discurso de Sara y la palabra de Sara en un discurso atribuido a Carlos. ¿Qué importa que Carlos se haya casado? ¿qué importa que Carlos y Lupe puedan hablar en ausencia de Sara, si Sara está presente en la palabra de Carlos como si fuera ella misma?

Carlos... En una ocasión vino Lupe a llorarme, a decirme que Carlos le había dicho... claro que lo ofende tanto... que llega el momento en que el otro también saca las uñas, entonces le digo mira, Lupe, tú has hecho de mí lo que has querido, me dices hasta lo que no y yo creo, aunque Carlos no me lo ha dicho, que le ha de decir hasta de su madre, y yo creo que ha tocado ese punto, que Carlos le dice pues con mamá no te metas, porque mi mamá para mí, pues para mí es una mujer ejemplar que nunca nos ha dado un mal ejemplo en el sentido de que se vaya a fiestas, que no nos tenga qué comer, que no sea responsable de nosotros... estás loca babosa. es su palabra ofensiva para ella. Entonces tanto le dice, tanto lo ofende diciéndole que la niña no es suya, que entonces le dice, mira, vamos a poner las cartas

sobre la mesa, con todo lo que tú me has dicho no creas que con todo lo que me dices, no creas que yo esté contigo porque sea un tonto, estoy contigo por la niña, porque la niña no merece tener una vida de tristeza nada más por el capricho de nosotros. No te discuto ni te pego porque está la niña, y la niña no tiene por qué entristecerse su corazón sabiendo que nosotros nos peleamos, tú gritas y dices y la niña lo toma en cuenta. Pero yo no te sigo la corriente, yo agarro mejor y me doy la media vuelta, te dejo hablando sola y me salgo. ¿Sabes qué? yo te quise cuando creí que eras una mujer, que me ibas a corresponder como mujer, como esposa, como madre, y veo que no has correspondido ni como madre ni como esposa. Yo seguiré contigo hasta que tú quieras y como tú dices que estás conmigo por conveniencia propia, pues yo también estoy contigo por conveniencia propia, te quise y fue un algodón que estaba lleno de agua, a esta fecha mira el algodón, se secó, ya no siento nada por ti. Como mujer no me satisfaces y como madre pues veo que tampoco tienes un papel de madre, porque date cuenta al grado que llegó tu hermano con la niña.

Y tú podrás decir de mi familia, que mi mamá es una enojona, que siempre nos tuvo... que si a las diez de la noche no llegábamos nos pegaba, pero esos errores no los tuvimos en la casa y tú has visto en la casa, jamás nos ponemos al tú por tú con mi mamá y para acabar pronto, ni le contestamos. En cambio aquí en tu casa le contestan mucho a tu mamá y ustedes son hijos, yo le he dicho que ustedes no tienen opinión sobre los actos de los padres. Su mamá no tiene porque darle cuentas de sus actos si sale a algún lado. Entonces, yo ya no te quiero.

Este largo parlamento es particularmente significativo porque muestra de manera elocuente la fusión de Sara con su hijo. Sara es quien habla con Lupe, desde su propia historia.

Luego Carlos no se ha podido salir, tomar otro trabajo porque es mitad de tiempo y no le alcanza, mi esposo dice que no se preocupe, yo le presto. Luego le digo que no vaya a ser un atenido, que cuándo le ha pagado lo que le pide prestado. No te preocupes Negra, no te fijas, date cuenta de que Carlos todavía depende de nosotros aunque tú no lo creas, todavía sigue siendo hijo de familia y nosotros

*tenemos que sacarlo adelante a como
dé lugar, en cuestión de un
consejo, en lo moral...
Entonces yo me siento muy feliz...*

Carlos “sigue siendo hijo de familia”; “no se ha podido salir”. Amando nos habla de sí mismo en la palabra de Sara. Nos habla de la ambivalencia entre el “todavía depende de nosotros” y el “tenemos que sacarlo...”. Tal vez Amando habla por Carlos, y por sí mismo.

*Donde trabaja mi esposo van a
necesitar un chofer, entonces me
dice mi esposo, dile a Carlos si
quiere venir para acá, sirve que
ellos [Carlos y Lupe] tienen la
oportunidad de estar separados,
que nada más Carlos vaya cada ocho
días a verla y que ellos
reaccionen, que ellos piensen en
cuál va a ser su vida. Si logran
estar separados sin necesitarse
mutuamente entonces ya descifran
ellos su problema, dile a Carlos,
ojalá y se quisiera venir para
acá, aquí tiene un buen sueldo.*

“Si logran estar separados... entonces ya descifran ellos su problema”. Sara enfrenta el enigma de la separación, no puede formularlo como propio aunque ella misma intenta separarse de su madre (Refugio), siendo madre; es decir apelando a un lugar tercero, al lugar de la diferencia.

Pero es, creemos, un intento exiguo. En su discurso, Trinidad (su padre), Juan, Amando, todas las figuras paternas, son invocadas y a la vez soslayadas. Sara demanda al padre, lo deifica y anhela, pero también lo invalida. Por ese dilema, parece transitar su vida.



Y una mujer que tenía un niño contra el pecho dijo: Vuestros hijos, no son vuestros, son hijos de la añoranza y de la vida por sí misma, vienen por medio de vosotros, pero no de vosotros, y aunque están con vosotros, no os pertenecen. Podéis darles vuestro amor, pero no vuestros pensamientos. Porque ellos tienen su propio pensar. Podéis albergar sus cuerpos, pero no sus almas. Porque sus almas se albergan en la mañana, que no podéis visitar, ni siquiera en sueños. Podéis desear ser como ellos, pero no tratar de hacerlos parecidos a vosotros, porque la vida no retrocede, ni se detiene en el ayer.

GIBRAN JALIL GIBRAN



El fracaso: un destino donde Sara busca (a) Refugio

¿Por qué el fracaso? Ya señalamos la articulación hijo-fracaso, pero ¿qué otro lugar ocupa en el discurso de Sara? ¿Qué nos dice acerca de su deseo? ¿Qué nos transmite de la relación de Sara con Refugio, su madre?

¿Mi mamá...? pues fijate que mi mamá todavía tiene familiares aún en Morelia, pero mi mamá cometió... como en las películas, cometió la tontería; nos platicaba mi mamá que mi papá era mozo de la casa de mi abuelita, entonces se quisieron y mi mamá se fue con mi papá. Cuando mi abuelita supo que ya se había ido mi mamá, fue a hablar con los padres de mi papá, pues le decían a mi mamá, le decía la mamá de mi papá: mire niña, váyase mejor a su casa. ¿Aquí qué le puede dar Trinidad? No tenemos nada a lo que está usted acostumbrado, aquí no hay nada niña, váyase a su casa. Pero mi mamá ya había fracasado y decía que una fracasada no tenía que darle problemas a la mamá, entonces mi mamá no quiso regresar a su casa. Falleció mi abuelita y las personas que estaban en la casa se quedaron con esos terrenos...

El fracaso, significativo primordial en este discurso, recorre el destino de las mujeres de esta familia y entrelaza sus vidas. El fracaso inaugural es el de Refugio, la madre de Sara, que como ésta nos dice, “cometió la tontería”.

¿Cuál es la tontería?: “Se quisieron”. ¿Será que para Sara querer, necesitar a alguien, desear a un hombre, es una tontería, tontería que lleva a la mujer al fracaso?

El significante fracaso, se repite e insiste en la cadena significativa como expresión del deseo. “Como en las películas”, la señorita se va con el mozo de la casa. En el discurso de Sara aparece el saber en boca de una mujer, la abuelita que advierte: “Mire niña, aquí no hay nada... ¿qué le puede dar Trinidad?”. Trinidad, su padre, aparece como *no teniendo*, definido así por la abuelita; la mujer sabe: él no tiene nada que dar. Refugio no podía ya regresar a su casa siendo una fracasada.

El fracaso expulsa a las mujeres del hogar. La falta señala el destino de exclusión, pero simultáneamente posibilita un corte para acceder a la individuación, ser madre, ser mujer. Pero nos preguntamos, ¿de qué modo Sara hereda esta historia familiar, se inscribe en este circuito, por qué adopta el fracaso como eje de su discurso y de su vida? Escuchemos qué nos relata Sara del vínculo con su madre.

*Ahora en lo tocante a mi infancia,
cuando llegó María Elena, pues yo
estaba chica, para mí se me hacía
una hermanita, no una sobrina, yo
le cambiaba los pañales, le daba su
mamilita, le ayudaba a mi hermana
Esther, porque mi hermana Esther
fue la que se hizo cargo de María
Elena. Cuando yo le llegaba a pegar
a María Elena entonces mi mamá me
corría, yo siempre tuve la idea de
que mi mamá no me quería por esto,
porque llegó María Elena y si yo le
pegaba me corría mi mamá. Y me
decía grandísima... ya en palabras
groseras... camiona, mi hija no
tiene madrastra, así que te largas*

*a la calle tú, porque mi hija es
todo para ella en la casa.*

Sara siente que su mamá no la quiere; su sobrina María Elena, hija de su hermana Aurelia, sí tiene un lugar en la casa, y en el deseo de su madre, ella no. Su madre la expulsa de su lado, “te largas a la calle”, le dice. Sara no sabe quién es; en esta casa no hay un reconocimiento por parte de su madre, su sobrina usurpa su lugar. Las líneas de parentesco están borradas, su sobrina es como una “hermanita” y ella como una mamá –mamá secundaria– porque es Esther quien se hace cargo de la niña. Sara adopta a María Elena, hace de mamá, tal vez buscando (a) Refugio, entrando en el juego de *aceptar* un hijo para expulsar al otro. Pero cuando se enoja y le pega a su sobrina, Refugio la insulta a ella, le dice: “mi hija no tiene madrastra”. Negación insinuante y ambigua. ¿Quién sí tiene madrastra? ¿quién es verdadera madre? La pregunta por la verdad de la filiación, por el signo de origen, insiste en Sara. “Te largas a la calle tú, porque mi hija es todo para ella en la casa”. ¿Quién es hija? ¿la hija de su hermana Aurelia? Se confunden los lugares, Sara se siente perdida. ¿Cuál es su lugar? ¿tiene ella acaso un lugar? Su lenguaje pone en evidencia la confusión de Sara con la figura de su madre, cuando dice: “mi hija es todo para ella”, ¿a quién se refiere? ¿es ella o Refugio la que habla? Este transitivismo parece indicar sus dificultades para diferenciar las posiciones en su familia. Cuando la entrevistadora interroga sobre el número de hermanos, ella entra y sale de la enumeración: “somos... son... somos”.

*Somos seis; son: Celia, Rafael,
Aurelia, Carlos, Trinidad y yo,
somos siete en este orden somos.*

Sara cuenta y no se cuenta en esa familia. ¿No figura como hermana, es ella acaso la no contada? Sara continúa recordando su pasado:

*Y ésa fue mi niñez de tristeza, de
pobreza, y yo una vez le dije a mi
mamá: se me hace que tú a mí no me*

*quieres o no soy tu hija, dice:
¿por qué? Mira, le digo, para
Esther, para Aurelia el día de
cumpleaños le haces molito, y tú
sabes que le gusta la ra... el
huacal; para Esther tú sabes que le
gusta la pierna; para Carlos le
gustan los chiles rellenos y a mí
nunca me has este... yo no
recuerdo que tú me hayas dicho, oye,
hija, hoy es día de tu cumpleaños,
te voy a dar esto, y me decía: No
hija, todos son mis hijos y a todos
los quiero por igual; bueno mamá le
digo, olvidalo, yo siempre creía
eso porque para mí no había nunca
nada de cumpleaños; pero para una
madre, creo yo que no pueden haber
diferencias para los hijos.
Entonces fue mi vida de pobreza y sufrimiento.*

Sara duda, se pregunta si tiene un lugar entre sus hermanos, a éstos su madre les festeja el cumpleaños: fecha de nacimiento que remite al origen; Sara imagina que Refugio conoce deseos y gustos de los otros hijos y los satisface, pero para ella... “no había nunca nada de cumpleaños”.

*No cuando ya regresó me dijo hasta
la despedida: grandísima camiona,
mis hijos no tienen madrastra, no
les he buscado ni padrastro, ni
madrastra, te me largas mucho a la
quién sabe qué, tú aquí no eres
nadie, bueno me dijo todo lo que
ella quería. Entonces mi mamá*

procuraba a los nietos. Nunca se me olvidará en un entonces de las pobrezas que teníamos, nos tocaban contadas las tortillas, y a mí nunca me gustaron las gordas, mi mamá acostumbraba hacer en la mañana gordas largas, una cazuela de frijoles fritos y una salsa.

Pero a mí no me gustaban las gordas y luego le decía ¿mamá? ¿vas a hacer gordas? y mi mamá, si grandísima quién sabe qué ¿eres mujer? ponte a hacer tus tortillas si quieres. Mi mamá hacía unas tortillas delgaditas y muy bonitas, y a mí me gustaban las tortillas, y las gordas sentía... pues que no sé qué sentía, no me gustaban.

Entonces me daba la masa para que me hiciera mis tortillas y decía: yo voy a hacer gordas para mis hijos. Yo me comía una gorda porque no me gustaban, entonces en la noche ya les daba de cenar a Pepe y a María Elena, a los cuates no porque estaban chiquitos y a ellos se les daba el biberón. Ya les daba de cenar tortillas y yo nada más veía el canasto, ya se van a acabar las tortillas.

Si bien todos los seres humanos dudan de su origen, ya que todo origen es territorio de incertidumbre, la historia de Sara está cruzada por el mandato materno que la desaparece: “Tú aquí no eres nadie”. ¿Cómo llegar a ser, sin

la mirada desceante de una madre? Madre que no la reconoce como hija, ni como mujer, madre que con el nombre de Refugio (¿refugio de quién?), le niega un lugar a su lado, espacio que otorga en la fantasía de Sara a sus otros hijos y nietos. Éste parece ser un vacío central en la vida de Sara. Y Sara busca alternativas, busca una salida, un lugar dónde ubicarse para poder existir.

Y yo le decía a mi mamá de que la señora Caridad quería que le cuidara a su hija. No, no, hija, de gata no te vas a mantener, estudia. Pero mamá es que pues me piden mucho material, y pues mi mamá no tenía para comprármelos. Cuando entré a tercero, la maestra me regañó y me pidió que le dejara el lugar a otro niño, yo sentía cuando me decía esto, como si me echaran agua hirviendo, hasta que definitivamente dejé la escuela. Pues tanto le rogué a mi mamá que me dejó ir a trabajar, con la señora Caridad, y desde entonces no dejé de trabajar y jamás quise volver a estar en mi casa porque entonces me compraba mis alpargatas y mi ropa aunque fuera corrientita, porque me gustaba cambiarme, le daba dos o tres pesos a mi mamá.

Sara nuevamente cuidando hijos ajenos, ese fue el rol en su hogar. La señora Caridad se lo pide, tal vez allí la necesiten y pueda ser útil, significar para alguien. Sara intenta encontrar un refugio con la señora Caridad, pero también aquí la madre aparece obstaculizando su salida, en un doble mensaje que le dice: “no, hija, de gata no te vas a mantener, estudia, tú aquí no eres nadie”. El lugar de Sara está

radicalmente cuestionado, tendrá que construirlo y apropiarse de él, pero, ¿cómo buscar? ¿desde dónde, sin estar segura de que le corresponda alguno?

En la escuela, la maestra –según Sara– le pide su lugar para dárselo a otro niño. Sara abandona el colegio. ¿Qué salida le queda? Recurrir nuevamente a la señora Caridad, ¿a su caridad tal vez? El trabajo le permite independizarse del hogar, “jamás quise volver a estar en mi casa”. Se compra ropa, alpargatas, ya empieza a caminar, y hasta “le daba dos o tres pesos a mi mamá”. Sara tiene algo que le pertenece, ya tiene hasta para dar.

¿Podrá empezar a ser a través de lo que tiene, ser alguien para alguien? ¿Cómo lograrlo frente a una madre que la desconoce como hija? ¿Cómo ocupar un lugar en su deseo? Veamos cómo surgen en el discurso de Sara los mitos en torno a su madre.

*Entonces para nosotros mi papá y
mi mamá, yo le digo, fue intachable
porque nos platicaba mi mamá que
hubo hombres que le proponían...
pues... se juntara con aquella
persona, que él se hacía responsable
de nosotros, entonces decía mi mamá
que no, que jamás dejará a mi papá,
porque estaban casados por las dos
leyes, y sería malo o bueno mi
papá, pero que jamás lo dejaría,
porque la cruz andaría rodando,
entonces siempre vivió este mi
papá y mamá juntos.*

*Entonces si mi mamá no aceptó a
otro hombre, pues digo fue
intachable mi mamá porque a como
pudo ella nos sacó adelante, le
digo, estudio no nos dio, ella era
sola y le era imposible, porque
apenas ganaba para medio comer.*

La madre de Sara es completa, nada le falta; en su imaginario aparece como intachable, no necesita de los hombres, ni a Trinidad, ni a los otros que le hacen propuestas. ¿Propuestas de qué?; aquí el discurso se enrarece, se interrumpe. Pero su madre decía que no a las propuestas, que no dejaría a su padre, “bueno o malo” no puede abandonarlo porque la ley lo impone, “estaban casados por las dos leyes”, no los une el deseo, sino un mandato externo al que hay que someterse para que “la cruz no ande rodando”. El discurso de Sara va más allá de lo que ella intenta decir. Nos habla de papá y mamá y dice: “fue intachable”. ¿Quién fue intachable? “... entonces siempre vivió este mi papá y mi mamá juntos”. Habla de ambos pero el verbo vivir aparece en singular. ¿Quiénes vivieron juntos? ¿vivieron juntos realmente en el imaginario de Sara? ¿Qué lugar tenía su padre en el hogar? Pues luego dice Sara “ella era sola y le era imposible...”. Presencia paterna que no cuenta, para Sara su madre “era sola”. Presencia física que no garantizó un lugar al lado de su madre.

Y Sara continúa su relato:

Amanda y Laurita hasta ahorita no me han reprochado porque pus los hago hasta ahorita como si todavía fueran niños. Porque Martín [su hijo menor] en sí es muy bueno, a veces le pego cuando me desespera, le doy uno o dos manazos y luego está con sus lagrimitas todavía y me dice mamá fíjese que esto o lo otro. Amanda y Laurita no me han hecho nunca un reproche, porque para ellas, pues ellas me catalogan en lo máximo.

Sara, como Refugio, necesita mostrarse “intachable” frente a sus hijos, no quiere reproches, no desea ser como su hermana Aurelia de quien sus hijos decían: “ay mamá, pues tú quién fuiste, tú quién eres, ahora que ya estás grande, ahora nos quieres reprender en una cosa que tú hiciste peor de joven”.

Temido reproche que podría llegar si los hijos dejan de ser niños. Un reproche que interroga: “¿tú quién fuiste?”, “¿tú quién eres?”, y la reenvía al doloroso borramiento de sus días de infancia. Ser entonces intachable, es un recurso imaginario que la rescata de la destitución total. Pero claro que Sara duda, Sara sabe que para mantener el mito de que ella y su madre son intachables, es necesario ocultar, no decir todo, ocultar la vida conyugal, los pleitos, ante el temor de que los hijos repitan la expulsión y, por ello, pregunta a la entrevistadora:

Bueno doctora, yo le quería preguntar si es malo ocultarles a los hijos la vida conyugal de uno, por ejemplo, pleitos, este no decirles la verdad...

Entonces digo, ¿es malo que uno les oculte a los hijos la verdad? Yo se los oculté quizá para que no le reprocharan a su padre nunca nada, porque él jamás los trajo ni con un solo vestido, ni los dejó sin comer y yo pensaba que al decirme que él tenía otros hijos iban a malver a su padre...

Sara, como Refugio que prohibía a sus hijos mostrar el hambre y la necesidad, intenta echar un velo sobre sus carencias.

No, yo nunca vivía en casa, yo desde que tuve mi fracaso, más bien en la casa de usted, que fue de mis padres vivimos en una pobreza grandísima, claro que uno de chico no es tristeza, hasta que ya crece más. Había veces que eran

*las doce del día y no habíamos
comido nada. Mi mamá salía desde
las ocho de la mañana y llegaba
hasta las tres de la tarde y no nos
dejaba de comer, y no le gustaba
que nosotros anduviéramos de
metiches, nos decía que no
anduviéramos mostrando nuestra hambre.*

Sara, obedeciendo el mandato materno, tampoco muestra lo que no tiene, aquello que ella nombra como su verdad.

*... porque si yo no tengo qué
comer, yo no voy a decirles a mis
hermanos, no tengo qué comer,
porque no quiero que mis hermanos
más adelante me digan ¿ya ves?
eres una fracasada...*

“Eres una fracasada”, el significante fracaso aparece nuevamente. Fracasada, señalando a la que no tiene qué comer. El fracaso insignia familiar que es necesario ocultar, pero que simultáneamente marca una alternativa, una salida, un error que inscribe a Sara en la cadena del desco materno, de esta madre intachable que por querer a un hombre se vio obligada a salir del hogar. Planteamos que para Sara el significante fracaso es capital porque le proporciona una vía identificatoria con la madre, ¿si no por qué la insistencia, por qué la reiteración del mismo en el discurso y en la novela familiar de Sara?

El fracaso, agujero donde Sara puede inscribirse, momento de falla en esa madre que le dice “tú aquí no eres nadie”. El fracaso, un episodio que señala un quiebre en la vida de Refugio, pero es desde allí, desde ese corte de su existencia que Sara encuentra un lugar imaginario al lado de esa madre.

Ya señalamos en el capítulo anterior la importancia del hijo –Carlos-fracaso–, y cómo todas las relaciones de Sara están mediatizadas por él. Refugio la reconoce como hija-mujer, a partir del nacimiento de Carlos. A partir de entonces, Sara

tiene algo que le pertenece y que su madre desea y solicita: un nieto, “porque mi mamá procuraba a los nietos”. El fracaso aparece así como insignia que inscribe a Sara en la cadena significativa del deseo materno, pero que también oculta la falta porque viene a ocupar su lugar: fracaso-hijo-falo.

Y Sara nos habla de los fracasos familiares: Sara fracasa, Refugio fracasa, Aurelia, su hermana, también fracasa obstinadamente. Ambas cumplen con el “error”, la “tontería” que la madre ha inaugurado deseando a un hombre.

Pues resulta que a mi hermana desde que fue señorita a ella le gustó tener un fracaso, otro fracaso, y otro y otro fracaso. El primer fracaso fue esta muchacha que le trajo ahorita... entonces llegó con mi mamá, cuando ella tenía como seis meses, mi mamá no sabía de ella y pues claro, mi mamá la regañó y le, pues, le aplaudió su fracaso, si es posible porque así era mi mamá, ya le dejó a la niña y se fue mi hermana a trabajar a una casa de pie. Como a los dos años trajo a un niño. Otra vez la regañó mi mamá y le recibió al niño, después siguió trabajando, volvió a tener otro fracaso, ya con otro señor, compró cuates, y se los dejó a mi mamá...

Aquí el significativo fracaso sustituye claramente al hijo: tener un hijo fuera del matrimonio. Aparece la ambivalencia que Sara registra en la conducta de Refugio, que regaña, pero aplaude y recibe a sus nietos con complacencia. Aurelia parece responder a un deseo materno, fracasa una y otra vez.

... Mi hermana Aurelia llegó con la primera hija que es María Elena y mi mamá la regañó. Entonces le dijo que se fuera a trabajar y que le dejara a la niña, y la dejó. En sí mi hermana se irresponsabilizó de la niña, porque ella trabajaba en casa. Ella no sabía si la niña lloraba en la noche, si la niña le habían dado de comer a sus horas. Entonces pienso yo que mi mamá le aplaudió el fracaso, porque, porque pienso, quizá yo haga lo mismo, que habiendo fracasado mi hermana le hubiera dicho mijita, tú cumpliste con tu error, aquí está tu hija y ve tú a salir adelante con ella, creo yo eso. Yo jamás supe cuánto le daba Aurelia a mi mamá de dinero al mes, pero le daba una miseria porque en el lapso del mes mi mamá ya no tenía para darnos de comer; llegó con los cuates y también la corrió, qué sé yo, le dieron ataques a mi hermana y le aceptó a los cuates, por eso digo yo que es un fracaso...

A Aurelia le gustó tener un “fracaso y otro y otro”, tendencia repetitiva del deseo. ¿Pero cuál es la demanda de Refugio? Censura el fracaso de su hija, pero adopta a sus nietos. En el discurso de Sara aparece la fantasía de que Refugio desea quedarse con los hijos de sus hijas. Y Sara buscando tomar un lugar en el deseo de la madre se pregunta: ¿qué haría yo?; “quizá haga lo mismo”, se

responde. Sara está confundida. ¿Quién es ella? Habla de su hermana pero le dice “mijita”, identificándose con su madre; en otro lugar se debate tratando de mostrar sus diferencias con Aurelia, “mi hermana –dice– se irresponsabilizó de la niña”. Ella por el contrario siempre luchó por retener a Carlos a su lado. Sara le dice a Amando:

Fíjate que yo tuve un fracaso y he sufrido mucho con mi hijo, porque mi mamá me dice que se lo deje, pero creo yo que la responsabilidad no fue de mi mamá, sino que fue mía y yo a mi hijo jamás lo voy a dejar en ninguna parte, porque el problema es mío y el error. Tengo que salir con él adelante y no quiero tener otro fracaso, ya no por mí, sino por mi hijo.

Entonces me decía mi mamá, déjame al niño hija, no mamá yo jamás me desentenderé de mi hijo, porque yo no quiero que el día de mañana me vaya a reprochar. Pero hija mira, no quiero que el niño esté en ese encierro. Yo nunca lo quise dejar.

Sara se pregunta qué es lo que quiere la madre, ¿por qué le pide al hijo? Allí su discurso se corta, titubea. ¿De quién es la responsabilidad? ¿no fue de ella el error? Aurelia entrega sus hijos a Refugio, satisface sus deseos y no sabe de ellos ni de sus carencias, pero Sara se resiste a hacer lo mismo. Sara satisface el deseo de fracaso-hijo de la madre, pero no quiere repetir la historia, no lo entrega, lucha por retenerlo. Carlos es suyo y representa la posibilidad de decirle no a esa madre amenazante que declara: “¿tú quién eres? ¡tú no eres nadie!”. Esa madre empieza a reconocerla a través de su hijo. Sara sabe que tiene algo que la madre desea, pero Carlos es suyo, fracaso-hijo que le da

fuerza; “sale adelante” con él, la identifica como mujer y le otorga existencia. Pero la madre insiste: “Mira hija el niño no tiene por qué sufrir, déjame aquí”. ¿Por qué tendrán que sufrir los hijos al lado de su madre? ¿qué mensaje velado emite Refugio? Sara, en ese doble juego de atracción y rechazo hacia esa madre cautivante, con la que busca identificarse, le responde:

*No mamá, fue mi fracaso, es mi
responsabilidad, es mi hijo y
seguiré con él hasta que Dios me
diga hasta aquí.*

Nuevamente el fracaso aparece como sinónimo de hijo, pero Dios así lo quiso y tiene que seguir adelante con él. Observamos la necesidad de Sara de invocar a un tercer elemento todopoderoso. Un padre para separarse de esa madre que no la acepta a su lado, pero que tampoco le permite alejarse.

La conducta de Sara siempre está ligada a una pregunta: ¿quién soy?; ¿qué quieren de mí?; dilema de constitución de la subjetividad, un tránsito y una búsqueda donde su hijo es fundamental.

Hijo-fracaso que la identifica como mujer con su madre, pero por medio del cual intenta también alejarse de ella, liberarse de ese mandato mortífero que le dice: “tú aquí no eres nadie”. Se expresa así el conflicto interno permanente de Sara entre el deseo y la prohibición. ¿Pero cómo se articula este aspecto con la asunción de la castración en Sara? ¿Cómo se inscribe en la cadena del deseo de una madre que fracasa por acceder a su sexualidad, por dejar entrar a un tercero en su vida?

-El viento llora, padre...
 -Sí, alaridos como el vidrio...
 -Sin nadie, padre...
 -¿Igual que caminos, solos, de piedra?
 -¡Entro en el viento, ay padre cómo silba!
 -¿Dónde terminarán los silbidos, dónde?
 -¿Es otro padre el viento, ay, fuerte, que me lleva
 a sus arenas amarillas, hundidas?
 -Hundidas en la ausencia demasiado larga y lastimada...
 -¿Y qué es la ausencia, padre?
 -¿Desesperada, de qué?
 -¿Desesperada de... aire sin fin... y de
 -¿De qué más?
 -De fuga...
 -Estoy vacío, padre, y a la vez en esos gritos ...
 -¿Las islas gritan también, ayes?
 -¿Tienen alma también las islas, padre?
 -Cuando hay mucha agua, ellas vuelan y llenan toda la noche,
 -¡Ay, de heridas...
 -Pero al río, mira, al río le han salido mariposas...
 -Flores del viento...
 -¿Pero el viento, verdad, traerá otras flores?
 -¡Ay, él casi siempre deshace, o son pálidas...
 -¿Pero no alzaré al fin la tierra verde?
 -¡Y agitaré banderas sobre los pájaros, sí,
 mientras las islas se irán haciendo de cristal...

JUAN L. ORTIZ



Trinidad o de la función del padre

¿Qué busca Sara en un hombre? ¿qué pide en realidad cuando demanda un padre para sus hijos? ¿Espera de los hombres sexo, protección, amor? Escuchemos qué dice Sara sobre Trinidad, su padre, por quien su madre salió del hogar como una fracasada.

De la edad de seis años que pasamos, yo recuerdo que pasamos muchas hambres. Mi papá se iba a trabajar, era un albañil, después se hizo un hornito y hacía camote, entonces lo vendía. Pero a mi papá le gustaba mucho tomar. Entonces regresaba sin cuentas y sin dinero en la noche, y le decía mi mamá ¿cuánto me trajiste Trinidad? ¿dónde está lo del camote? Fíjate viejita que lo fié. Pero Trinidad, date cuenta que tus hijos no comen. Y le empezaba mi mamá a decirle un montón de groserías; yo comprendo a mi mamá, porque a ella no le gustaba que fuéramos a demostrar nuestra hambre a la calle y ella no tenía nada que darnos.

“De la edad de seis años que pasamos, yo recuerdo”, dice Sara. ¿Pero qué será lo olvidado, de su vida anterior, qué será lo reprimido? “Recuerdo que pasé hambres, muchas hambres”; su decir nos hace pensar en la vivencia desgarradora del bebé ante la ausencia del pecho. Recuerda que su papá se iba. Era albañil, construía casas para otros, y hacía camote en un hornito, para otros. Comida y protección para otros mientras sus hijos pasaban “hambres”. Sara

recuerda que su papá se iba a tomar y “regresaba sin cuentas y sin dinero”. ¿Qué querrá decir con esto? Refugio le reprocha, “¿no te das cuenta, tus hijos no comen?”. Trinidad no se da cuenta, no cuenta. Cuando Refugio habla, dice: “tus hijos”, nunca dice nuestros hijos. ¿De qué modo cuenta Trinidad para ella? El vínculo entre ambos aparece negado. Refugio le dice groserías a Trinidad, pero Sara dice que comprende. ¿Qué será lo que comprende? Tal vez que los hombres no tienen para dar, como lo profetizó la abuelita, y también que la madre no quiere mostrar el hambre, la necesidad.

Porque para mí se me ha hecho la idea que quizás por la pobreza en que nosotros vivimos, mi mamá y mi papá fueron unas personas... Mi papá no trataba mal a mi mamá, sí, y ahora comprendo que era mucha su... pues mucho su coraje, porque llegaba mi papá bien tomadito: ya vine viejita y decía mi mamá: ¿Cuánto me trajiste para el gasto? Dos centavos viejita; y le decía mi mamá: mal haya sea este grandísimo quién sabe qué y majadería y media. Y decía yo, pobrecito de mi papá si él no le dice nada. ¿Por qué mi mamá le dice tantas cosas? Pero en aquel entonces uno no podía decirles nada a los papás, porque ya andaban soltando el bofetón. Entonces para mí era muy triste que mi mamá le dijera algo a mi papá, y yo a mis hijos no les he revelado ciertas cosas por no querer que se les entristezca el corazón, ése ha sido

el motivo por el que a mis hijos no les he hablado nunca con la verdad, entonces yo le decía a Carlos: pues tu papá está con sus papás que ya están viejos y grandes y pues tiene que estar con ellos y ya ves que de vez en cuando viene a vernos...

Cuando Sara habla de papá y mamá e intenta definirlos, no puede, su discurso se detiene. Sara dice que comprende a su mamá, pero también se identifica con el papá, el papá maltratado, insultado, “pobrecito mi papá, si él no le dice nada”. Él no dice nada, no trae nada, “ni un cinco”; los hijos cuando dicen su hambre, ponen al descubierto esta situación. Es que para Sara las mujeres son las que dicen, los hombres no, los niños tampoco pueden decir porque se les castiga, no pueden saber la verdad porque “se les entristece el corazón”. ¿Pero qué significa, qué vehículo es el dinero en este hogar? ¿Si no hay dinero, no hay amor, no hay afecto, no hay nada para dar?

Entonces llegaba Carlos, Trinidad o yo, mamá tengo hambre ¡lárguense de aquí! ¿de dónde quieren que les dé si su padre no me trajo ni un cinco? yo no tengo dinero, lo que fui a ganar ya lo gasté... Ya nos empezaba a regañar mi mamá, y ya no nos volvía a regañar, porque jamás le volvíamos a pedir nada, porque sabíamos que nos iba a contestar mal. Entonces mi mamá no aceptó a otros hombres, pues digo fue mi mamá porque a como pudo ella, pues nos sacó adelante, le digo, estudio no nos dio ella, era sola, y le era imposible,

*porque apenas ganaba para medio
comer.*

Cuando Sara menciona a los hermanos nombra a Carlos (cuyo nombre lleva su hijo), a Trinidad (que tiene el nombre del padre) y a ella misma ubicándose en último lugar. ¿Menciona a los hombres porque son los menores o por ser los que se atreven a pedir, los que muestran su debilidad? La madre ya no tiene para dar, y los expulsa, lo que fue a ganar ya se lo gastó, pero el padre es culpable porque no trajo “ni un cinco...”, y ya no se atreven a pedir, porque pedir es correr el riesgo de ser rechazados. La madre, pese a vivir con alguien que no tenía nada para darle, asumió su destino y no aceptó a otro hombre, los sacó adelante sola. Nos dice esto cuando habla del padre. ¿Por qué “era sola, entonces? ¿Qué nos quiere decir Sara? Que estaba sola pese a tener un hombre al lado. ¿Qué le era imposible? ¿Aceptar a otro hombre aun en su soledad? El lugar del hombre es imposible. El hombre simboliza la carencia, la ausencia, la debilidad. Aparece como un fantasma, pero como un fantasma indispensable, porque sin él, ¿cómo intentar escapar a la presencia avasallante de esta madre que lo puede todo sola? ¿Qué función cumple este padre en la triangulación edípica? ¿Puede separar a Sara de la dimensión mortífera del deseo de su madre? ¿Su papá vivió con ustedes?, interroga la desconcertada entrevistadora frente al discurso ambiguo de Sara, tratando de entender de qué soledad habla.

*Sí, mi papá siempre vivió con
nosotros, según nos platicaba mi
mamá y no solamente mi mamá sino
Esther, mamá y Aurelia. Entonces
nos platicaba Aurelia que mi papá
tenía una señora que ella le decía,
porque mi papá se lo llevaba al
parque, y la señora de un lado y mi
papá del otro los mecía a Esther, a
Aurelia y a Carlos que entonces la
señora, le decía que ella tenía,
pues de qué vivir, que ella estaba*

dispuesta a darle a mi papá lo del gasto de mi mamá, pero que él viviera con ella. Pero mi papá decía que no, que eso sí que jamás dejaría a mi mamá ni nos dejaría a nosotros. Entonces nunca quiso vivir con ella, yo me imagino que tendría relaciones con ella, con esta señora yo no sé cómo, pero nunca nos dejó. Entonces para nosotros mi papá y mi mamá, yo le digo que fue intachable porque nos platicaba mi mamá que hubo hombres que le proponían... pues... que se juntara con ella con aquella persona, que él se hacía responsable de nosotros, entonces decía mi mamá que no, que jamás dejaría a mi papá, porque estaban casados por las dos leyes y sería malo o bueno mi papá, pero jamás lo dejaría porque la cruz andaría rodando... entonces siempre vivió, este, mi papá y mi mamá juntos.

Sara no recuerda su infancia antes de los seis años, por ello recurre al recuerdo ajeno, al de sus hermanas que le platicaban que el papá siempre vivió con ellos; sin embargo en su fantasía la mamá aparece sola. Y Sara se pregunta cómo es que el padre nunca los dejó, siendo que tenía otra señora con quien mantenía “relaciones”. O quizá Sara se pregunta por el deseo, ¿qué pasa con el deseo de los padres? Ambos, Trinidad y Refugio tuvieron oportunidad de hacer otras relaciones que los podrían haber conducido a una separación, pero ambos la rechazaron, las dos leyes los unieron y no era posible transgredir el mandato. Aquí observamos la fuerza de lo simbólico, lo social, uniendo indisolublemente a ambos

cónyuges. Pero esta estructura determinante en lo exterior, no produce efectos de unión ni en la pareja, ni en el imaginario de Sara. En la palabra de Sara la pareja aparece cludida, fallida; Refugio no desea a Trinidad, lo denigra como hombre. Sara no entiende por qué su madre lo trata así; dirige su mirada a este padre anhelado, pero Trinidad no tiene para darles, es un hombre desposcído, sin poder, sin falo, que le hace pasar hambre. El deseo de la madre está en otro lugar, el padre aparece borrado. La Ley del Padre sólo se sostiene precariamente a través de mandatos externos que no alcanzan a legitimarlo; función fallida del padre que dificulta la regulación de las relaciones en la familia.

... No me acuerdo, ese día por qué me pegó, me imagino yo porque le pegué a Pepe o a María Elena. Agarra y dice mi mamá ¿ya terminaron hijos? y agarra y me avienta el canasto y me dice: ai están las gordas, si quieres tragar, traga y si no, más tortillas sobrarán para mis hijos mañana. De chico uno no toma en cuenta eso y ahora yo no le tengo rencor a mi mamá... Sufre uno, porque ya es uno mayor... [llora]. Entonces ya llega mi papá y estaba yo llore y llore y me dice: ¿Qué tienes hijita? pues fijate papá que yo no alcancé tortillas y no me gustan las gordas. Dice: ¡ay viejita, vente, nos vamos a comer esas gorditas tú y yo, no te apures viejita, vente [continúa llorando]. Mi papá jamás me pegó, cuando buscaba algo, por decirle, un

*martillo y no le sabíamos decir
dónde estaba, decía: cabecillas
viejitos era su palabra mala de
mi papá. Cuando nos quería pegar,
le decía mi mamá, Trinidad fíjate
que Carlos, Sara, Esther, equis... me
hicieron esto, no me obedecieron.
Vas a ver viejita... Entonces se
usaba el paliacate, sacaba su
paliacate y le hacía dos nudos y
con eso nos pegaba. Entonces para
mí mis padres, como le digo yo no
le guardaba rencor a mi mamá;
porque quizás el cariño de los
nietos, se le olvidó el cariño de
hija [vuelve a llorar]...
No, yo nunca viví en la casa, yo
desde que tuve mi fracaso, más
bien en la casa de usted que fue
de mis padres vivimos en una
pobreza grandísima, claro que uno
de chico no es tristeza, hasta que
ya crece uno.*

Sara no recuerda por qué le pegó su madre. Episodios traumáticos, borrados de su memoria, pero que ella reconstruye en su imaginación culpando a los rivales de su novela familiar, sus sobrinos, que la desplazaban del amor y del alimento de su madre; madre que cuando tiene algo para darle de comer se lo arroja violentamente, no para alimentarla, para nutrirle, sino para que “lo trague”, para que se ahogue. Las palabras quedaron grabadas en el recuerdo de Sara, pero ella dice: “de chico uno no toma en cuenta eso y ahora no le tengo rencor a mi mamá”. Con esta negación nos está indicando lo profundo y reprimido de sus sentimientos hacia su madre. Y prosigue: “ya que es uno mayor... toma en cuenta todo lo que sufrió de chico”. Esta descripción tan clara y sentida, entre

lágrimas, no puede dejar de recordarnos el concepto de Freud sobre el *après-coup*. Resignificación que Sara nos relata entre llantos, de una infancia llena de carencias, pero que a veces necesita transformarla en un paraíso con padres intachables. Pero el padre llega a rescatarla, padre que no agrede, pero que simula el castigo para satisfacer a la madre que demanda ayuda cuando falla en la imposición de la ley. Función entonces de prótesis, de apoyo, pero insuficiente en sus efectos simbólicos, ya que ni Trinidad ni Refugio creen en ella. Ni Refugio abre un verdadero lugar a la intervención paterna, ni Trinidad se hace cargo realmente de la función. ¿Cómo podemos entender entonces el vínculo de Sara con los hombres a partir de este padre que ella idealiza, como afectuoso, continente de sus lágrimas, quien le otorga un reconocimiento como hija, sobre quien Sara vuelca su mirada buscando eso que la madre no le da? La descripción de Amando, su esposo, recuerda la imagen que Sara tiene de Trinidad.

*Pues si lloré mucho y yo le
platicué, porque inclusive él es
una persona que si usted lo conoce
es comprensible, es muy buena
gente, de buenos sentimientos, que
en el tiempo que tenemos jamás me
ha dicho ni una majadería, ni nunca
me ha pegado, lo poquito que me
pueda dar, es lo que tenemos
[señala la casa]. Entonces cuando
yo lo conocí él me platicaba que él
había tenido un fracaso con una
novia, a la que había querido
mucho, quizás por obtener lo que el
hombre desea, pues yo le dije:
fijate que yo tuve un fracaso y he
sufrido mucho con mi hijo, porque...
mi mamá dice que se lo deje
[baja el tono de la*

*voz], pero creo yo que la
responsabilidad no fue de mi mamá,
sino fue mía y yo a mi hijo jamás
lo voy a dejar en ninguna parte
porque el problema es mío y el
error. Tengo que salir con él
adelante y no quiero tener otro
fracaso, ya no por mí, sino por
mi hijo.*

Al igual que Trinidad, su padre, Amando es de buenos sentimientos y jamás le ha pegado, como si el supuesto fuera de que debería pegarle y decirle majaderías, como hacía su madre. Pero también como su padre, “da poquito”. Doble imagen que Sara proyecta en Amando, quien es como su padre, pero también como su madre: ligado al fracaso. Identificación especular, engañosa, que le hace confiar en ese hombre como padre de sus hijos. Figura que, como a su padre, pretende entronizar, llenar de insignias. Pero este hombre también fracasa por obtener lo que “el hombre desea”. ¿Qué desea el hombre? ¿Sexo, amor? Sara parece decirnos a través de su discurso que con ella, fue diferente.

*Él me decía, mira yo quiero
tener relaciones de noviazgo
contigo, ya te dije que tuve una
novia con la que sufrí bastante,
pues me dejó y yo ya tenía el
departamento y ella se fue con
otro y yo la verdad ya no quiero
tener ya una persona... una esposa.
Y así, se lo juro por la memoria
de mis hijos, por su salud, que yo
jamás creí que tuviera un
compromiso. Entonces me dijo que él
estaba con su mamá y que su mamá
había corrido a una hermana que*

*había tenido un fracaso y que él
vivía con esa hermana pues había
tenido un fracaso. Y yo jamás de lo
sincero que lo vi hubiera creído
que tenía esposa.*

Él no quiere “tener relaciones de noviazgo”, vive con su mamá. Sara nos dice que él sufrió mucho por un fracaso, que su novia lo abandonó, como ella fue abandonada por Juan. Ahora Amando acompaña a su hermana, quien fue corrida del hogar materno por tener un fracaso. No aclara cuál fue el fracaso de la hermana, pero para Sara siempre se vincula con sexualidad, hijos, abandono. En la familia de Amando la sexualidad se castiga con expulsión. Pero Amando vive con su hermana, la acepta como acepta a Sara. Parece que los puntos de identificación con Amando son importantes para Sara; él muestra también la marca del fracaso como su madre, como ella. Pero en el discurso aparecen elementos contradictorios que Sara no parece registrar: Amando le dice que vive con su mamá, y agrega que acompaña a su hermana fracasada. De todos modos (Sara cree), los hombres tienen que estar con su mamá, eso le dice Amando a ella, y ella a sus hijos. ¿Cómo no creerlo si es su anhelo más profundo en relación con Carlos? Vemos dificultad de Sara para tener un hombre a su lado, los hombres se quedan pegados a la familia de origen y la ley de prohibición del incesto se desvanece. Los lugares dentro de la estructura familiar se diluyen en “un cuarto redondo”.

*... Yo de chica jugaba, brincaba,
para mí no fue sufrimiento,
le digo, porque en esa pobreza me
crié y no fue sufrimiento, para mí
entonces, yo me juré a mí misma
el no volver a tener otro fracaso
y yo jamás volveré con él [se
refiere al padre de Carlos] y
creo que tiene a otra persona.
Entonces me dice: piénsalo*

*bien, yo ya te dije que no he
querido tener mujer, por el
fracaso que tuve, pero piénsalo,
si no piensas volver con él,
dile que jamás vuelva, porque
el niño no sabe cómo comportarse,
fíjate lo que me pide a mí,
conociéndolo a él.*

Aquí Sara nos habla de su infancia como tiempo de jugar y brincar; niega y reprime lo que en otros momentos nos relata: el sufrimiento (¿miedo?). Desde su dificultad para manifestarse como niña deseante, aparece como aquella a la que nada le faltó; como pequeña a quien no alcanzó el dolor.

Parece indicar que su sufrimiento comienza con el fracaso, con la pérdida del paraíso en que ella necesita tal vez imaginar su vida. Sara se niega terminantemente a recibir a Juan (padre de Carlos), símbolo de su fracaso y de su sexualidad fallida. Amando, a su vez, la solicita, sin demandarle ni ofrecerle nada; él no quiere mujer, como ella tampoco quiere hombre. Amando le indica lo que tiene que hacer con Juan, “dile que jamás vuelva porque el niño no sabe cómo comportarse”. Aparece la confusión entre lo que es ser padre y ser marido o compañero sexual.

*Después ya platicamos y le dije
a Amando que la verdad es poco
tiempo para resolver una cosa,
yo no tengo... tengo hermanos,
muchos hermanos, tengo a mi madre,
porque en ese entonces ya no
tenía yo a mi papá, ya había fallecido.
Pero en sí, si tú quieres, yo me
mando sola, porque si yo no
tengo qué comer, yo no voy a
decirles a mis hermanos, no
tengo qué comer, porque yo no*

*quiero que mis hermanos digan
¿ya ves? eres una fracasada,
no tienes ni qué comer, pero en
sí pues es muy pronto, que yo
pueda resolver una cosa así.*

La ambigüedad de Sara siempre está presente. Ella dice: “es poco tiempo para resolver”. ¿Resolver qué? “Yo no tengo”, ¿qué es lo que no tiene? ¿qué tiene que tener para poder resolver? Luego agrega que tiene hermanos, muchos hermanos, que le robaron un lugar junto a la madre, podríamos suponer. Tiene a su madre y menciona que no tiene a su padre. Es la primera vez que nombra la muerte del padre. Dificultad para hablar de su ausencia real. ¿Es el poco tiempo al que se refiere? Poco tiempo para que un hombre ocupe su lugar, ¿el lugar del padre, tal vez? Luego añade que pese a lo que tiene se “manda sola”; es como si no tuviera a nadie, pues ella no puede pedir por temor a que le digan que es una fracasada. Sara no tiene nada, según en su discurso manifestó, pero en su fantasía se inventa omnipotente.

*Entonces cuando llegó la niña,
ya le digo, tenía ocho meses la
niña cuando yo supe que él era
casado, pues yo lloré y le fui
inclusive a ver a su mamá y le
dije: ¿por qué no me había dicho
eso? que porque para mí había
sido muy doloroso, pues porque mi
hijo había sufrido mucho conmigo
en los trabajos que yo había
tenido; entonces... a la niña ¿qué
porvenir le esperaba? ¿otro
abandono de otro padre? Que no
era justo, que si ella sabía lo
que había sido su hijo que por qué
no me lo había dicho...*

Así entonces yo, claro doctora, en una palabra yo no quería que mi hija dejara de tener un padre. Seguimos. Él estaba en su casa, una o dos veces a la semana en la casa y el resto de la semana en su casa.

Sara va a reclamar a la madre de Amando, no le reclama a él por qué le ocultó la verdad. Las mujeres son las que tienen el saber y no lo dan, a las que hay que reprocharles, ellas tienen el secreto. ¿Será un reclamo a la madre por lo que no le dio? Si ella se separa de Amando, a la niña “¿qué porvenir le esperaba!”. ¿A qué niña se refiere? Sara, en estos vínculos especulares se confunde y dice: “abandono de otro padre”, la niña (Amanda) no tiene otro padre, ¿tal vez sería Sara la niña otra vez abandonada? Cuando nos habla de que llegó la niña, parece en su decir que la concepción, el embarazo, el parto, no existieran. Y Amando se quedaba en su casa. ¿Cuál era su casa?, nos preguntamos. El deseo de Sara siempre aparece oculto, ella quiere retener a Amando para que sus hijos tengan padre; para ella no demanda nada, aparentemente.

Hace siete años que en una ocasión vino, entonces traía su ropa y me dice: que crees Negra; le digo: ¿qué pasó?, dice; ¿cómo ves? que me quiero venir a vivir contigo. Bueno, está bien digo, nada más que quiero que me digas ¿cuál es la separación tuya? ¿por qué motivos? Dice, ésa, dice: me la llevaré a la tumba jamás te la diré pero lo que me hizo esa persona no se lo perdono jamás.

Sara siempre a la hora del otro, dispuesta a consentir lo que Amando le propone. Lo único que se atreve a preguntar es “por qué motivos” se separó, ¿qué quiere

saber de la separación? ¿cómo se le hace para poder separarse? Cuando Amando dice “ésa”, ¿a qué alude? ¿a la separación, a la mujer? La palabra conduce por múltiples caminos siempre inciertos, siempre misteriosos. Sara recibe una negativa, es el secreto de Amando y ella acepta sin más.

*Si doctora, y yo le dije, correcto
le digo no hay problema. Entonces
le llegó una huelga donde estaba
trabajando, estuvo trabajando en
una fábrica de hilos. Me dice:
pues fijate nada más que metieron
una huelga donde estaba trabajando,
estuvo trabajando en una fábrica
de hilos. ¿Qué hacemos Negra? No
te apures, le digo, Dios no nos ha
de dejar.*

Sara—de la mano de la negación— dice: “no hay problema” pero inmediatamente habla de una huelga y Amando pregunta: “¿qué hacemos Negra?”. En la búsqueda de respuesta, él se vuelve hacia ella y ella se vuelve hacia Dios. Los hombres de carne y hueso no pueden, no tienen.

*Pues si doctora, él me... claro,
entonces hace nueve años la vida
era muy barata, pero con cien pesos
no alcanzaba para pasar el día. Ya
llegaba en la noche: fijate que los
muchachos fueron a pedir
cooperación en los camiones, pero
no fue suficiente, nada más te dejo
cincuenta pesos, yo le digo: no
te apures, yo ai tengo dinero,
mentira [enfatisa], porque lo que
yo no queria era que él se*

mortificara. Porque, les digo a mis hijas: si su padre nos ha de durar cinco años, así nos va a durar tres años, entonces vamos a repartirnos ese... ese pues, esa pena entre los dos. Pues ya me dejaba, te dejo cincuenta pesos y me voy porque nos toca... pues quedarse ahí, no sé cómo le dice, está bien.

Sara no quería que él se mortificara (¿se mortificara?), sabiendo que lo que tiene no es suficiente: si lo sabe se puede mortificar, morir como su padre, las puede abandonar. “Ya me dejaba... te dejo... y me voy”. Por ello Sara les dice a sus hijas que para retener más tiempo a un hombre, a un padre, hay que engañarlo, hacerle creer que uno no necesita y que a él no le falta nada. Así se construye a sí misma, y a sus hijas, la imagen de un fantasma, fantasma que cubre una carencia, padre-ilusión que obtura el deseo de contar con un padre real, fuerte, eficaz, “intachable”, que haga barrera a los avances de esa madre rechazante y hostil. Amando se inscribe entonces en ese juego de presencia-ausencia, que caracterizó la relación de Sara con su propio padre.

Y Sara nos relata entonces cómo se queda sola por las dificultades de trabajo de Amando.

Si tiendo la ropa durante la noche me roban algo, que si desaparece una camiseta o esto o lo otro. Y ahora ya no tengo el apoyo de mi esposo [continúa llorando], está tan lejos e ir allá a darle más problemas [lamentándose], pues es supervisor general y no le pagan bien, porque la fábrica está a punto de quebrar a cada rato y tiene que estar allá

porque cuando hubo la huelga ya no encontraba trabajo, lleva cinco años trabajando allá. Cuando tronó la fábrica de hilos él conocía a unos ingenieros que fueron los que se lo consiguieron para que cuidara la fábrica porque mucha gente de la que allí trabajaba, se aprovechaba de que no estuvieran los ingenieros y pues no tenía ningún control. Yo iba cada ocho días doctora, yo le lavaba la ropa en una piedra porque no había nada [vuelve a llorar], él me conformaba diciéndome que así de menos mis hijos tendrían qué comer, pero allá está solito, desde las seis de la tarde, entonces es la pena más grande que tengo doctora, porque yo sé que está solo, ¿qué puede pasarle en la noche? Y entonces le digo a mis hijas, hay veces en que yo no quiero mortificarle, pero ¿a quién le platico mis problemas? aquí si yo le digo a cualquiera mira esto o lo otro, en vez de tener un apoyo moral, entonces lo usan contra mí y por eso ya a nadie platico mis problemas, doctora, a nadie más que a mis hijas, entonces le digo, ése es el problema más grande, el de mi esposo y el de aquí con mi hermana, pues hay veces en que nos hablamos, otras no,

*tenemos seis meses en que me, pues
no sé cómo...*

Cinco años de alejamiento de su marido parecen que le permiten a Sara tomar contacto con su situación. Sin él le roban, no tiene apoyo, pero enseguida agrega que no puede ir allá a darle problemas a él, que está trabajando en una fábrica con amenaza de quiebra permanente. También él en quiebra, sin recursos, “solito”, dice ella, como si hablara de un niño. “¿Qué puede pasarle en la noche?”.

Sara nuevamente niega su falta, su castración, es el otro el que no tiene, y le comenta a sus hijas, porque las mujeres sí parecen resistir las verdades y los problemas, los hombres son débiles, se quiebran.

*Pues sí, en este sentido es como
le digo, él en toda la semana
está encerrado, el día sábado va a
ver pues a su mamá o sale el día
que no va ver a su mamá, va a ver
a Paco, entonces va a ver a unos
amigos. Para mí es problema porque
yo sé que el sábado, pues
estoy ahí, el domingo nos vamos al
campo y otra vez toma, porque con
los amigos lo hace, entonces yo
estoy de retirada y qué pasó, ya
vámonos, son las dos, las tres qué
sé yo. Entonces ya va, él nunca me
ha discutido así acaloradamente o
me ha dado cachetada o me ha dicho
majaderías, jamás; pero en palabras
buenas no te enojas Negra, mira me
tomo una cervecita y nos vamos.
Date cuenta que, has tomado, me voy
a ir con el pendiente, pero si
estoy bien, estás viendo que estoy*

bien. Entonces él eso, toma que es problema para mí, el que yo estoy pensando en lo moral dice: tú tienes problemas conmigo, problemas con tus hijos, en cuestión de que si Martincito no estudió, que no llevó la tarea, de que te mandó llamar la maestra, que si Laurita tiene el problema de que está estudiando hasta las doce, una de la mañana, estás con ella, que si Amandita no llegó, que por esto o por esto otro, que tienen muchos problemas; trata de no resolver, ni meterte en otras vidas ya, deja que la vida corra como es normal, cada quien atiende solo sus problemas.

Sara sigue creyendo en Amando, “que está solito”. Como su padre, Trinidad, Amando también toma, pero ella señala que no le ha dado una cachetada, ni le ha dicho majaderías como su mamá lo hacía con ella y con Trinidad. ¿Con esta negación no nos indicará que sí lo hizo; o qué es lo que ella espera y cree merecer? Se pone en evidencia que esa imagen de padre ideal que quiere dar a sus hijos es insostenible, y que la presencia de él es mucho más precaria de lo que ella acepta. Amando está para su madre, para Paco, para sus amigos y para el alcohol. ¿Qué lugar ocupa ella en su vida? Amando, de quien ella espera ayuda, cuando acepta sus carencias, le dice que ella no puede resolver los problemas de todos, no puede estar en todos los lugares, “dejar que la vida corra como es normal”; “trata de no resolver”; “cada quien atiende solo sus problemas”. Y Sara nos relata entonces el encuentro con la hija del otro matrimonio de Amando.

*Sí, entonces le digo a Amanda:
se me hace que son los ingenieros,*

ya no me va a tener el bote de agua tu papá. Porque lo vi que bajó un señor, una señora y dos niños, digo: ve por el bote de agua. Si mamá. Entró y salió con el bote de agua, pero llore y llore. Dije, con toda seguridad la regañó y como mi esposo jamás les ha gritado ni les ha pegado, los ha de haber regañado porque se andaban peleando, porque Martín quería que le diera su resortera. Entonces sale llorando y le digo: ¿qué te pasó hija? ¿por qué lloras? Nada. ¿Qué pasó Amanda?, entonces ya como pudo, no me podía decir por... pues quizás por tristeza, sentimientos, no sé qué sintió mi hija, dice: Mamá, es que las personas que llegaron, la señora dice que es hija de mi papá. ... Si, ¡ay hija!, le digo, tan tonta. Pero, ¿por qué te pones en ese plan Amandita? No mamá es que yo, para mí, nunca hubiera sabido que mi papá tuviera nada, ningún reproche, además yo no tengo por qué hacerle reproches, pero ¿por qué dice que es mi hermana? Bueno estás en una edad en que vas a comprender, necesitamos platicar tu padre y yo contigo, para que entiendas muchas cosas que antes se te habían ocultado. Entonces fue de llorar y llorar.

El bote de agua que Amando ya no le “va a tener” y el llanto de su hija, llanto ya incontenible frente a la otra “hija de mi papá”, tanto tiempo ocultada. Sara intenta aún negarlo cuando le dice: “¿por qué te pones en ese plan Amandita?”. Y pone en boca de su hija, “es que yo nunca hubiera sabido... que mi papá tuviera nada, no tengo por qué hacerle reproches...”. Es mejor ignorar la verdad, “porque la verdad entristece el corazón”.

Nuevamente la mujeres son las que dicen: “la señora dice, que es hija de mi papá”. Pero Amanda no puede decir, la angustia la silencia. Y la duda aparece: “¿por qué dice que es mi hermana?”, ¿quiénes si no los padres, pueden nombrar a otros como hermanos? ¿De qué manera se compromete la construcción familiar cuando estas nominaciones no han sido establecidas por los padres? ¿Quién dice sobre el parentesco? Confusión nuevamente como en el caso de Carlos, nominación que falta, por parte de un otro confiable, para dar crédito a la estructura.

*Pues, yo bien, ni me sentía
atemorizada; ni me sentí menos,
ni me sentí más [le vibra la voz],
yo lo normal. Si ella viene en plan
de reclamar a su esposo, creo yo
que ella lo hubiera retenido a su
lado y no apenas ahora, sino desde
hace mucho tiempo, porque basta y
sobra con que ella tuvo, creo, cinco
hijos, es: Amando, Carlos, Silvia y
Paco. Tuvo cuatro hijos, creo que
al tener hijos de un hombre y esa
cantidad, pues como que uno tiene
que sobrellevar su matrimonio, ya
no quizá por uno sino por los
hijos, a menos digo, pero yo en sí,
trataré de retener al padre de mis
hijos por toda la vida. No es
conveniencia. ¿Cómo le podría*

decir? Pues... porque quizá se siente uno solo y que para mí, pues ha sido un hombre intachable. Que discutimos, es cosa de su problema de él ¡a veces!... pero en sí que él me diga, pues no te vaya a dar gusto porque ahora no tengo ¡jamás!

Parecería que Sara se queda petrificada en su lugar. Esa mujer, ¿qué puede reclamar, si teniendo cinco hijos –¿cuál será el quinto?– no pudo retenerlo? Sara no manifiesta un deseo hacia Amando como hombre, pero ella necesita padre y tratará de conservarlo para toda la vida. Padre ora idealizado, ora fantasma que permanece allá lejos y no da protección, pero padre indispensable para hacer un corte, una separación entre Sara y Refugio, aquella Refugio que quería quedarse con sus hijos, y provocar una separación, aunque fallida, entre sus hijos y ella. Este problema de Sara con la figura de un padre, necesario para que el hijo no quede atrapado entre mujeres, para lograr su inscripción y su lugar en la sociedad, se expresa claramente en el problema del apellido.

Mire, cuando Carlos iba a recibir su certificado, le pidieron acta de nacimiento y entonces ya le dijo Amando a Carlos: mira hijo, tú ya estás en edad de decidir, entonces Carlos estaba con los apellidos de padre. Y Amando entonces tú ya necesitas el acta de nacimiento, porque qué apellidos son los que vas a llevar o sea que él estaba registrado a nombre de su padre, cuando yo conocía este señor, él hizo los trámites de kinder de Carlos que entró de cinco años y cuando le preguntaban que, cómo se

*llamaba él decía: Carlos Ramírez
Gómez, y Amando le decía pero mira
hijo, tú te apellidas Carlos
Gómez... no Carlos Vázquez Gómez
y Carlos decía que le gustaba más
apellidarse Ramírez que Vázquez. Y
Amando le dijo: date cuenta que si
cambiamos el apellido de tu padre
por el mío pierdes todos los
derechos sobre de tu padre, al
tener mi apellido. Entonces él como
mis hijos llevan el mismo apellido
de mi esposo. **

Según Sara, Amando le dice a Carlos que ya está en edad de decidir su apellido; en esta familia el parentesco parece un asunto de elección.

El proceso biológico se desconoce o se deja de lado en el caso de Carlos. La confusión aparece por la vía de la nominación, también en el acto fallido de Sara. Al hacer mención de los apellidos, suprime el apellido paterno; Carlos, según su deseo, sigue siendo sólo de ella. ¿Cómo se articulará en el inconsciente de Sara esta falta de claridad en la regulación de las relaciones de parentesco, con las dudas sobre su propio origen? Porque Sara duda de si es hija de su madre.

Como la mujer fracasada, abandonada por el hombre, repite la historia de sus dificultades para inscribirse en lo social con claridad; no hay una estructura preexistente que asigne los lugares. Para ello hay que contar con un hombre padre que garantice un origen, por ello es imperioso retenerlo. Orden que en este caso aparece invertido generacionalmente porque los hijos tienen la posibilidad de elegir su apellido, su padre. Esta confusión en las relaciones de

* Quisiéramos puntualizar que Gómez aparece como el apellido de Sara; Ramírez como el apellido de Amando, y Vázquez como el de Juan (su padre biológico). En el discurso de Sara, Amando priva a Carlos tanto de su apellido como del de Juan, reconociéndose sólo el apellido de la madre. Los apellidos han sido cambiados para garantizar el anonimato de la familia, pero respetando el sentido del juego verbal y el acto fallido de Sara.

parentesco la observamos también en el discurso de Sara cuando nos habla de los hijos de su hermana Aurelia, a quienes ella tuvo que criar.

*Le decíamos El Güero y El Prieto.
Entonces a mí me daban al chiquito
y yo tenía que bañarlo, darle
mamilas, todo como si yo hubiera
sido su mamá, y El Güero pues en sí
también mi mamá trabajaba y yo los
cuidaba por la mañana y a uno por
la tarde.*

*Entonces estos niños siempre me
quisieron a mí, porque se criaron
con nosotros, no tienen el apellido
del padre, así que aparentemente
son hermanos de nosotros.*

¿Qué efectos genera en el imaginario de Sara el hacer de madre de hijos que no son suyos? En apariencia, dice, son hermanos nuestros, pues no llevan el apellido del padre. Sin apellido paterno los hijos quedan circulando entre mujeres.

*Una cosa es que yo le dijera cómo
es mi hermana y otra es que usted
viera el modo de ser de ella, para
acabar pronto, usted puede
catalogar lo que es una madre. Este
muchacho que me llevó a Corel,
necesitaba donde se accidentó allá
en su trabajo todos sus papeles
normales para que los metieran al
ISSSTE por los beneficios que
dan en el trabajo. Viene y le dice
a mi hermana: ¿Sabe qué, jefa? yo
necesito mi acta de nacimiento*

normal, quiero pues que me vayan a registrar donde lo hicieron porque no tienen los datos legales, y le dijo mi hermana: ¡Eso a mí no me importa, vele a decir a tu padre...! Y ya vino llorando mi sobrino, El Güero, y me contó su problema, y no me hizo caso, y me dice, si tú le dijeras a mi tío, ¿no quisieran ustedes registrarme a su nombre? Como no Güero, si es posible, sí, vamos a ver, le voy a decir. Y él aceptó gustoso y dice: aunque sé que a su mamá no le va a gustar, aunque su madre y su padre no le tienen cariño. Pero el licenciado con quien fuimos dijo que no se podía tan pronto y que tardaría un año el trámite, que porque para el mundo, él no existía.

Observamos nuevamente la fragilidad de las relaciones de parentesco, la intercambiabilidad de los lugares por la elección del sujeto en el seno de la familia, por consiguiente también el borramiento de la ley fundante de prohibición del incesto. En el nivel simbólico, para la sociedad, sin el apellido del padre el sujeto no existe, “para el mundo no existe”, le dice el especialista en leyes; por ello, la preocupación de Sara de darle padre a sus hijos, luchando con el fantasma de su madre que pugna por retenerlos y venciendo su deseo mortífero de quedar en ese atrapamiento narcisístico del hijo con su madre: Refugio-Sara, Sara-Carlos. De allí la dificultad en la triangulación, en la inclusión de un tercero en su vida. Hombres borrados: Trinidad, Amando, quienes operan como padres dando un apellido, pero que no cumplen más que precariamente la función de corte entre la madre y el hijo. Y el significativo fracaso recorriendo obstinadamente el discurso de Sara, reticulando la vida de los personajes de

esta familia: fracaso-hijo, fracaso-falta, fracaso-abandono, fracaso-sexualidad, fracaso-falo, fracaso-deseo; deseo que sólo se puede decir a medias, porque lleva el sello del fracaso. La entrevistadora pregunta: ¿A qué se refiere usted cuando habla de *fracaso*?

Bueno, yo creo que el fracaso es cuando dos personas creen quererse, y cuando el hombre obtiene de la mujer lo que quiere, entonces al hombre no le importó aquella mujer que se entregó a él por cariño cuando aquella persona deja a la mujer, creo yo que para uno es un fracaso el pensar aquel hombre no la hizo cabal, que no fue lo que una... al menos en mí yo pienso... que si a mí me hubiera tocado la suerte de mi hermana creo yo sí hubiera tenido dos fracasos, pero hasta ahí creo, yo hubiera terminado. El fracaso para mí se me hace como yo ya le dije las veces pasadas, yo no sé las palabras que puedo decir por mi ignorancia. Para mí el fracaso es no ser correspondida por un hombre.



*... entonces para mí era muy triste
que mi mamá le dijera algo a mi
papá y yo a mis hijos no les he
revelado ciertas cosas por no
querer que les entristezca su
corazón, ése ha sido el motivo por
el cual a mis hijos no les he
hablado nunca con la verdad..*

SARA



¿Qué es un padre?

Sobre el padre en el discurso de Sara

La verdad “entristece el corazón”. ¿Pero cuál es la verdad de Sara? ¿cuál es la verdad que entristece el corazón? Escuchar la pródiga y a veces poética palabra de Sara abre muchas preguntas, y para recorrerlas fue necesario adentrarse en la trama de la novela familiar que Sara nos iba entregando. Es a partir de este registro imaginario que la repetición del significante y sus articulaciones van dibujando otro discurso, el de su organización simbólica y sus vicisitudes. Y es tratando de escuchar esa otra palabra, ese otro discurso, que llegamos al supuesto que orienta este trabajo: Sara se identifica con el significante “fracaso” como significante de la falta en su madre. Identificación fundamental a la que se agregan otras identificaciones de carácter secundario. Hipótesis central que ordena el trabajo de análisis. Aunado al otro elemento orientador de nuestra lectura, la función del padre. Con base en tales ejes, tratamos de comprender el lugar que en la historia de Sara ocupan sus padres, los padres de sus hijos y Carlos, su hijo mayor.

Resulta fundamental, como creemos haberlo expuesto ya en el capítulo que trata de las relaciones de Sara con su madre, entender qué lugar ocupa Sara para ella. En el decir de Sara, ella no es nadie para Refugio. No tiene un lugar, no es deseada como hija, y pareciera haber primordialmente un mandato de muerte para ella. Desde este no lugar, el discurso de Sara es el discurso del daño, del dolor, del resentimiento que surge literalmente negado y desde la negación afirmado. Sara formula demandas a su madre. Le pide comida, le pide que se acuerde de ella en su cumpleaños, pero sabemos que la demanda es siempre *demanda de otra cosa*; de esa otra cosa que no puede ser satisfecha,

que organiza la frustración de la que se responsabiliza a la madre, y se constituye en condición para que la niña vuelva los ojos hacia el padre, en espera de que éste le dé lo que la madre no le dio. Indudablemente, la frustración, en ese nivel, está presente en el discurso de Sara. ¿Pero qué ocurre cuando además de ese nivel fundante se experimenta el daño de no ser un hijo deseado? Lacan señala que “[...] el niño trata de identificarse con lo que es el objeto del deseo de la madre: es deseo del deseo de la madre y no solamente de su contacto, de sus cuidados...”.⁴ Y agrega: “Para agradar a la madre, es preciso y es suficiente con ser el falo...”.⁵ Sara no parece agradar a su madre ni encontrar un lugar en su deseo. ¿Cómo tener algo que dar a una madre que parece no necesitar nada? Refugio aparece en la fantasía de Sara como un ser completo. No demanda a Sara como hija, no demanda ni concede a Trinidad un lugar junto a ella. Refugio es intachable, sin falta. Ella puede sola, es proveedora ante un padre que no tiene nada que dar. Refugio puede y tiene, como todas las figuras femeninas de la novela familiar de Sara. Y también sabe. En una dimensión del saber que está más allá del conocimiento, Sara sabe. Sabe, como si hubiera podido escuchar esas palabras aun antes de nacer, que su abuela paterna, la madre de Trinidad, le dice a Refugio que se vaya, que ahí no hay nada para ella. ¿Por qué sabe esto Sara? Por supuesto, es un mensaje transmitido por la madre, pero ¿desde dónde escucha Sara la historia del origen de la relación de sus padres que lo repite como discurso propio, escuchado y vivido? Sara sabe que en el origen de esa relación está el deseo, pero como sinónimo de “error”, de “tontería”. Ya sabe que, desde el discurso de la abuela y de la madre, el padre surge en la historia como devaluado, y sabe también que ella, es producto de un fracaso.

Replanteando las preguntas: ¿Qué es lo que le devuelve a Sara la mirada de su madre? ¿qué imagen de sí misma construye desde la mirada de una madre que no le otorga un lugar? ¿cuál es la falta que Sara puede encontrar en su madre intachable para acceder al circuito de su deseo? Sobre la dimensión imaginaria, M. Mannoni señala: “Puesto que el proceso identificatorio es inconsciente, el sujeto no puede saber con quién se identifica. Su pregunta

⁴ Jacques Lacan. *Las formaciones del inconsciente*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1970, p. 86.

⁵ *Idem*.

acerca de qué es él, tiene que plantearla a partir del lugar del Otro. La mirada del Otro es la que le devuelve la imagen de lo que él es".⁶ Y en esa búsqueda inconsciente, Sara encuentra un significante materno con el cual identificarse. En él encuentra un anclaje, un hito que organiza su vida. Sara habla incesantemente del fracaso, pero desconoce la función que adquiere en su psiquismo. Refugio hace un llamado al fracaso y Sara acude a su voz.

Nos preguntamos entonces cuál es el lugar del padre en esta historia. En la estructura del significante, estructura simbólica, está presente el trazo del tercero, de la función del padre. En el llamado mismo al fracaso, Refugio remite a Sara a un tercero. Refugio requiere de Trinidad para fracasar, Sara requerirá de Juan y de Amando para fracasar. Al identificarse con el significante fracaso, Sara responde al deseo materno, pero tal identificación es también condición y posibilidad de subjetivación, de separación de la madre para diferenciarse, para ser en el fracaso, para triunfar al fracasar.

A partir de tal registro, aparece el padre en la historia de Sara. Las figuras paternas de su discurso son sumamente débiles y deficientes. Trinidad es para Sara un padre presente, afectuoso, que la reconoce como hija; pero también es el padre maltratado y denigrado, desposeído, no deseado ni deseante de la madre, con dificultades para ser el soporte de la ley. Padre cuya palabra carece de valor frente a la madre: la figura paterna no es para Sara portadora del falo. La función de Trinidad como interdictor es insuficiente. El padre es agente del fracaso. Imagen de fragilidad extrema a la que hay que proteger como a un hijo; padre cuya carencia hace a Sara invocar a Dios como el único que tiene la palabra que garantiza la ley, ya que los hombres sólo pueden garantizar el fracaso.

Juan, el padre biológico de Carlos, plantea a Sara una demanda sexual y en ocasiones está dispuesto a ocupar su lugar de padre pero no entra, no se queda, no captura su deseo.

Amando se acerca a Sara en otros términos. Le plantea que no quiere una relación con ella sino sólo amistad; se relaciona tempranamente con Carlos y va colocándose en el lugar de padre. Se presenta ante Sara como fracasado en otra relación. Participa así del significante materno y es, a la vez, una representación del padre fallido. Amando ocupa el lugar de Trinidad; ambos son

⁶ Maud Mannoni, *El niño, su "enfermedad" y los otros*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1987, p. 63.

hombres no descantes de su mujer, “sin recursos”, que sólo pueden ofrecer miseria. Amando tiene otra mujer y otros hijos y no vive con Sara, pero para ella eso no es importante. En su discurso escuchamos una demanda primordial a Amando: la de ser padre para Carlos. No la de hombre para ella, no la de padre de los hijos que ambos procrearon. Amando ha de ser padre de ese “hijo sin padre” que ocupa el lugar de lo que Sara desea. Encontramos aquí un lance paradójico en Sara. Ella nos dice que Amando ha sido como un padre para Carlos, pero en el “como”, se escapa la posibilidad de que Amando cumpla su función de barrera en la libre circulación del deseo entre la madre y su hijo y, en el mismo movimiento, Amando queda eclipsado como hombre y como padre. Refiriéndose al Edipo y a la castración femeninos, Granoff y Perrier dicen: “La manera en que la madre tiene el deseo del hombre; la manera en que la niña se siente también implicada por él, a favor de la prohibición que con mayor o menor ambigüedad planea sobre la relación padre-hija; la manera en que el padre asume, o no, tanto su deseo como la prohibición edípica. He aquí los datos con varias variables que sitúan el destino edípico de la niña bajo el signo de lo multiforme y lo prolongado, para dejarla infinitamente más dependiente que el muchacho del modo de organización libidinal que rige la relación parental”.⁷

Es ésta la trama edípica, el tránsito por la castración insuficientemente resuelta en Sara y el juego de espejos, en el que parece quedar atrapada. Es desde este padre de Sara, presente en lo real pero deficiente en la prohibición, y desde estos padres “fantasmáticos” de Carlos, que Sara no deja de ser y de tener en aquél, que de entre todos sus hijos, es su tesoro máspreciado.

Al respecto M. Mannoni plantea que: “El niño real simboliza para la madre el falo. En su evolución, el niño debe asumir el falo, pero esto sólo es posible a partir del momento en que adquiere una imagen especular de sí mismo. Es necesario que la madre pueda aprehenderse como lugar de la falta para que el niño se realice independientemente de ella (para que se convierta en la ‘plusvalía fálica’, y no en el falo de la madre)”.⁸

⁷ W. Granoff y F. Perrier, *El problema de la perversión en la mujer*, Barcelona, Crítica/ Grupo Editorial Grijalbo, 1980, p. 51.

⁸ M. Mannoni, ... *op. cit.*, p. 87.

Así, si bien en un primer tiempo el niño ha de ser el falo para desde ahí sobrevivir en el deseo materno, es sólo a partir de una madre que se asuma castrada y de un padre capaz de conciliar prohibición y deseo, que el hijo puede ser entregado y que la mujer puede distinguir la diferencia entre el falo y el hijo, o, en otros términos, pueda renunciar al falo que el hijo representa.

Sobre el padre y los modos de la ausencia

Hasta aquí el análisis de la palabra de Sara. Volvamos ahora a nuestros cuestionamientos y delimitaciones iniciales.

La familia, las relaciones intrafamiliares, las funciones del padre y de la madre, pueden ser estudiadas desde muy diversas perspectivas teórico-metodológicas. La familia es, incuestionablemente, el espacio en el que se generan las dependencias y los aprendizajes más primarios, el lugar en el que se producen los vínculos más significativos y estructurantes, en el que cristalizan las condiciones que facilitan la salud o la enfermedad. Sin embargo, la forma de leer estos procesos remite a considerar distintas categorías de análisis y niveles de abordaje, a relevar ciertos elementos y desestimar otros. Nuestra mirada no es la de la sociología, ni la de la psicología clásica. Intentamos aproximarnos a esta problemática con recursos del psicoanálisis. Desde otras disciplinas y otros discursos se ha hablado de la familia mexicana y sus peculiaridades, de la frecuente ausencia del padre en ella, de la relación simbiótica y de dependencia recíproca que tal ausencia propicia entre madre e hijo.

Desde luego, consideramos la importancia que para el hijo tiene la presencia física y afectiva del padre en el hogar, pero destacamos que ésta no es suficiente para que se cumpla su función, tal como nosotras la entendemos: como fundante de un sujeto de deseo. Partimos de que la familia y los vínculos que en ella se construyen están significados por la cultura, constituidos por su inscripción en el orden simbólico, signados por la palabra. Nada hay de natural en ellos. Las presencias y ausencias significativas en el llamado, “desarrollo”, del niño no se reducen a las presencias o ausencias físicas; la identidad sexual o enfermedad mental no dependen de nacer y crecer en el seno de una familia, “modelo”, tradicional. Creemos que no es suficiente reconocer legalmente a

los hijos, ser proveedor de bienes materiales, ser educador e imponer reglas, para enarbolar triunfalmente la paternidad. ¿Qué es entonces ser un padre? ¿cuál es su función? ¿qué efectos tiene su ausencia en los hijos? Desde nuestra forma de escuchar la palabra de Sara, tratamos de encontrar respuestas a estas preguntas, de entender algo más sobre el sentido y los modos de la ausencia del padre.

A partir de nuestro análisis de su discurso observamos que la presencia física del padre o su sola designación no asegura la salud mental del hijo. La función del padre ejerce una mediación entre madre e hijo que, a través de la prohibición del incesto, establece el límite inaugural del sujeto, marca diferencias, lugares y generaciones. Tal medición sólo es posible si la madre, por medio de su discurso, legitima la palabra del padre, instaurando un lugar en lo simbólico, para que éste, como agente de la castración, permita la salida del Edipo y acompañe al hijo en su duelo por la renuncia a la posesión absoluta de la madre. Pero este proceso puede darse si la madre, a su vez, desvía su deseo por el hijo y dirige su mirada a otro lugar, movimiento que depende centralmente de su propio tránsito por el Edipo.

Para el hombre, el acceso a la paternidad, es también producto de un largo proceso en el que intervienen las vicisitudes de la relación con su padre, y ello se expresa en el vínculo y el deseo por una mujer. Para entender el problema del padre es necesario introducir la función de la sexualidad. El padre es aquél que tiene que ver con el cuerpo de la madre y delimita la erogenidad del hijo, aquél que habiendo asumido su propia castración, su finitud, puede sostener la de su hijo. Desde esta perspectiva, la presencia o ausencia del padre adquieren otra dimensión. El padre puede ejercer su función aun desde la ausencia y puede permanecer como figura identificatoria para el hijo, mientras tenga un lugar en el deseo materno. Asimismo, un padre físicamente presente puede constituirse en una ausencia y ser incapaz de ejercer su función de corte. ¿Qué es un padre entonces? Pensamos que es aquél que interviene con su propia incompletud, desde su deseo y su angustia, y abre un camino entre la madre y el hijo, posibilitando la emergencia de un sujeto deseante. Y para ello, ha de acercarse a su hijo y, desde su propia renuncia narcisística, señalar límites, diferencias, pérdidas, falsas ilusiones, ideales inaccesibles, y, sólo entonces, mostrar alternativas, nuevas rutas, senderos inexplorados, riesgos, promesas...

Glosario*

CASTRACIÓN

Freud sostenía que el complejo de castración está estrechamente vinculado a complejo de Edipo, pero que su papel en este último es diferente en el varón a la niña. En el caso del varón, el complejo de castración es un punto de salida del complejo de Edipo, su crisis terminal; debido al miedo del varón a la castración (a menudo provocado por una amenaza) el niño renuncia a desear a la madre, y de tal modo entra en el periodo de latencia. En el caso de la niña, el complejo de castración es un punto de entrada en el complejo de Edipo; representa el resentimiento de la niña con la madre, a la que culpa por haberla privado del pene, lo que la lleva a reorientar sus deseos libidinales, desde la madre hacia el padre. Debido a esta diferencia, en el caso de la niña el complejo de Edipo no tiene ninguna crisis terminal definitiva comparable a la del varón. Siguiendo a Freud, Lacan dice que el complejo de castración es el pivote en torno al cual gira todo el complejo de Edipo. No obstante, mientras que Freud sostiene que estos dos complejos están articulados de distinto modo en varones y niñas, para Lacan el complejo de castración denota el momento final del complejo de Edipo en ambos sexos.

* Los conceptos de falo (imaginario y simbólico) identificación, superyo, Nombre del Padre, forclusión y significante, fueron extraídos y sintetizados del libro: Juan David Nasio, *Enseñanza de 7 conceptos cruciales del psicoanálisis*, España, Gedisa, 1989; para los conceptos de Otro y otro, enunciado y enunciación se utilizó el texto de Américo Vallejo, *Lacan operadores de lectura*, Buenos Aires, Helguero, 1961; para los demás conceptos se citan a pie de página los autores consultados.

¹ Se utiliza aquí el término pene sin distinguirlo del término falo, que se indicará más adelante.

Respecto a la castración de la madre, en el primer tiempo del complejo de Edipo –según Lacan–, la madre es considerada por ambos sexos como poseedora del falo, como la madre fálica. Al promulgar el tabú del incesto, en el segundo tiempo, el padre imaginario es visto como privándola de este falo.¹

EL COMPLEJO DE EDIPO SEGÚN LACAN

En el primer tiempo, el complejo de Edipo se caracteriza por el triángulo imaginario de la madre, el niño y el falo. Nunca hay una relación puramente dual entre la madre y la criatura, ni siquiera antes de la intervención del padre, sino que siempre existe un tercer término, el falo, un objeto imaginario que la madre desea más allá del niño mismo. Lacan sugiere que la presencia del falo imaginario como tercer término en el triángulo imaginario indica que el padre simbólico ya está funcionando en este tiempo. De modo que en el primer tiempo del complejo de Edipo el niño comprende que tanto él como la madre están marcados por una falta. La madre está marcada por la falta, puesto que se ve que es incompleta; si no fuera así, no desearía. El sujeto también está marcado por una falta, puesto que no satisface completamente

el deseo de la madre. El elemento faltante en ambos casos es el falo imaginario. La madre desea el falo que le falta, y (de conformidad con la teoría hegeliana del deseo) el sujeto trata de convertirse en el objeto del deseo de ella; trata de ser el falo para la madre y obturar la falta materna. En este punto, la madre es omnipotente y su deseo es la ley.

El segundo "tiempo" del complejo de Edipo se caracteriza por la intervención del padre imaginario. El padre impone la ley al deseo de la madre, al negarle acceso al objeto fálico y prohibirle al sujeto el acceso a la madre. Esta intervención es mediada por el discurso de la madre; en otras palabras, lo importante no es que el padre real ingrese e imponga la ley, sino que esta ley sea respetada por la madre misma en sus palabras y sus acciones. El sujeto ve ahora al padre como rival que disputa con él el deseo de la madre.

El tercer "tiempo" del complejo de Edipo está marcado por la intervención del padre real. Al demostrar que él tiene el falo, y no lo intercambia ni lo da, el padre real castra al niño, en el sentido de hacerle imposible que persista en tratar de ser el falo para la madre; es inútil que compita con el padre real, porque éste siempre gana. El sujeto es liberado de la tarea imposible y provocadora de angustia de tener que ser el falo, cuando comprende que el padre lo tiene. Esto le permite al sujeto identificarse con el padre. En esta identificación secundaria (simbólica), el sujeto

trasciende la agresividad intrínseca en la identificación primaria (imaginaria). Lacan sigue a Freud en cuanto sostiene que el superyó se forma a partir de esta identificación edípica con el padre. Puesto que lo simbólico es el reino de la Ley, y como el complejo de Edipo es la conquista del orden simbólico, tiene una función normativa y normalizadora: El complejo de Edipo es esencial para que el ser humano pueda acceder a una estructura humanizada de lo real.²

FALO

El término "falo", rara vez utilizado en los escritos freudianos, es empleado para nombrar el "estadio fálico", momento del desarrollo de la sexualidad. Freud utiliza con más frecuencia el término "pene" cada vez que tiene que designar la parte amenazada del cuerpo del varón y ausente del cuerpo de la mujer. Fue Jacques Lacan quien elevó el vocablo "falo" al rango de concepto analítico y reservó el vocablo "pene" para determinar sólo el órgano anatómico masculino. No obstante Freud ya había esbozado esa diferencia. La primacía del falo no debe ser confundida con una supuesta primacía del pene. Es decir: el elemento organizador de la sexualidad humana no es el órgano genital masculino sino la *representación* construida sobre esta parte anatómica del cuerpo del hombre. Lacan

² El agregado al término Castración y el término El complejo de Edipo según Lacan fueron tomados de: Evans Dylan, *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*, Editorial Paidós Mexicana, México, 1997.

sistematizará la dialéctica de la presencia y de la ausencia en torno al falo a través de los conceptos de falta y de significante. Falta «a partir de la cual algo ausente puede ser representado; es lo que posibilita la aparición de un sujeto como sujeto de esa falta, es decir, sujeto de la pulsión como empuje hacia el llenado de ese hoyo abierto en lo real por la pérdida del objeto primero, pérdida sin representación de eso que precedió al sujeto y abrió el surco para que él pudiera germinar, de ese objeto que para que el sujeto pudiera ser debió ser abandonado irremisiblemente...».³

FALO IMAGINARIO

La forma imaginaria del pene, o falo imaginario, es la representación psíquica inconsciente que resulta de tres factores: anatómico (por el carácter prominente de esta parte del cuerpo), libidinal (por la carga libidinal acumulada y el autoerotismo que suscita), y fantasmático (ligado a la angustia provocada por el fantasma de que dicho órgano podría ser alguna vez mutilado). En suma, el pene, en su

realidad anatómica, no forma parte del campo del psicoanálisis.

El falo imaginario es «todo lo que completa una falta de perfección, anulando la imperfección. Falo imaginario o imagen fálica es la designación en la teoría de la forma bajo la cual el sujeto se representa a sí mismo».⁴

FALO SIMBÓLICO

El falo simbólico tiene el valor de ser un objeto intercambiable, objeto separable del cuerpo. Ya no se trata como en el caso del falo imaginario, de que el falo simbólico sea un objeto presente o ausente, amenazado o preservado, sino de que ocupe uno de los lugares en una serie de términos equivalentes (pene=heces=regalos=...), serie conmutativa llamada por Freud «ecuación simbólica» cuya función consiste en mantener el deseo sexual del niño. En el complejo de castración femenina, el falo imaginario es reemplazado *simbólicamente* por un niño. «El falo simbólico en la subjetividad tiene los siguientes atributos: 1) Algo que se puede tener pero no es... 2) Se lo puede perder... 3) Es

³ Néstor A. Braunstein, “Las pulsiones y la muerte (collage)”, en Néstor A. Braunstein (et al.), *La reflexión de los conceptos de Freud en al obra de Lacan*, México, siglo veintiuno editores, 1983, p. 32.

⁴ Hugo Bleichmar, *Introducción al estudio de las perversiones*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1980, p. 55.

algo que circula, se da, se recibe... 4) Puede ser reemplazado por otra cosa». ⁵ «De hecho lo que hay que reconocer es la función del falo, no como objeto, sino como significante del deseo, en todos sus avatares». ⁶ Decir que el falo es el significante del deseo equivale a decir que todo deseo es sexual y que todo deseo es finalmente insatisfecho, ya que todos los deseos humanos estarán siempre marcados por la experiencia crucial de haber tenido que renunciar al goce de la madre.

Otra acepción del término falo simbólico es el de significante de la ley. En Lacan es asimilado a la ley misma en su eficacia interdictora del incesto y separadora del *vínculo madre-niño*. Para Lacan la castración es el corte producido por un acto que secciona y disocia el vínculo imaginario y narcisista entre la madre y el niño. Por lo tanto, a diferencia de lo enunciado en Freud, el acto castrador no recae exclusivamente sobre el niño sino sobre el vínculo madre-niño. Por lo general, el agente de esta operación de corte es el padre, quien representa la ley de prohibición del incesto.

IDENTIFICACIÓN

En el *Diccionario de psicoanálisis* de Laplanche y Pontalis, se define como: «Proceso psicológico mediante el cual un sujeto asimila un aspecto, una propiedad, un atributo de otro y se transforma, total o parcialmente, sobre el modelo de éste. La personalidad se constituye y se diferencia mediante una serie de identificaciones».

Este esquema más bien simple donde existen dos personas y una va asimilando los rasgos de la otra no da cuenta del complejo proceso a través del cual se constituye el sujeto humano. El término identificación se diferencia de términos afines como: incorporación e introyección (vinculado con una operación corporal, ingerir, devorar, etc.) e interiorización que apunta a una relación intersubjetiva.

La identificación es un proceso específico del dominio del inconsciente y, para Freud, tiene lugar entre dos instancias inconscientes; es decir que las relaciones intersubjetivas se sustituyen por relaciones intrapsíquicas. Según Nasio ésta es la en-crucijada del concepto freudiano de

⁵ *Ibid.*, p. 58.

⁶ Jacques Lacan, Seminario v, *Las formaciones del inconsciente* (transcripción de J.-B. Pontalis), en *Las formaciones del inconsciente*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1970, p. 112.

identificación, *dar un nombre al proceso inconsciente realizado por el yo cuando éste se transforma en un aspecto del objeto*. Tanto el yo como el objeto son considerados aquí tan sólo en su estricto estatuto de instancias inconscientes. La encrucijada lacaniana se enfrenta a un problema diferente, ya no se trata de dar cuenta de la relación entre dos términos relativamente bien constituidos –un yo determinado se identifica con un objeto igualmente bien definido– sino de nombrar una relación en la cual uno de los términos crea al otro. Para Lacan, la identificación es el nombre que sirve para designar el nacimiento de una nueva instancia psíquica, la producción de un nuevo sujeto. Lacan opera una doble inversión, la identificación no sólo es inconsciente, la identificación significa que la cosa con la cual el yo se identifica es la causa del yo; es decir que el rol activo que antes jugaba el yo es ahora ejecutado por el objeto. Es necesario aclarar que para Freud la palabra objeto no designa la persona exterior del otro, o aquello que de su persona me es dado a percibir conscientemente, sino la representación psíquica inconsciente de este otro. El término objeto nombra en

realidad una representación inconsciente previa a la existencia del otro, que ya está ahí y contra la cual vendrá a apoyarse luego la realidad exterior de la persona del otro o de uno cualquiera de sus atributos vivientes. Por Freud podemos distinguir la identificación total y las identificaciones parciales.

IDENTIFICACIÓN TOTAL

Designada en su obra con el nombre de identificación primaria, es esencialmente mítica «la forma más primitiva de lazo afectivo con un objeto». El objeto total de esta identificación primaria es el Padre mítico de la horda primitiva.

IDENTIFICACIONES PARCIALES

Identificación del yo con un aspecto parcial del objeto; el aspecto parcial de objeto señala la forma que puede adoptar una representación. Las formas de identificación señaladas por Freud, son la «identificación regresiva»: el yo establece primero un lazo con el objeto, se separa de él, se repliega, regresa y se disuelve en las huellas simbólicas de aquello que ya no está.

La identificación parcial con la imagen global del objeto. Es el caso de

la melancolía «la sombra del objeto cae sobre el yo» . La imagen del objeto amado, deseado y perdido, que el yo triste hace ahora suya, es en realidad su propia imagen a la cual había investido como si fuera la imagen del otro.

Identificación parcial con la imagen local del objeto. El caso de la histeria. El yo se identifica aquí con la imagen ya no global sino local. Esta modalidad la encontraremos modificada en la teoría lacaniana con el nombre de identificación imaginaria.

EL CONCEPTO DE IDENTIFICACIÓN EN LACAN

Para Lacan, la identificación designa el nacimiento de un nuevo lugar, la emergencia de una nueva instancia psíquica. De acuerdo con la naturaleza de este lugar podemos distinguir dos categorías de identificaciones:

IDENTIFICACIÓN SIMBÓLICA

Está en el origen del sujeto del inconsciente. Otro componente de la identificación simbólica es el significante. El sujeto del inconsciente es un rasgo ausente de mi historia y que sin embargo la marca para siempre. No es tan sólo el nombre de

una relación entre un acontecimiento actual y otros acontecimientos virtuales, sino que es el nombre de la marca invariablemente presente a lo largo de una vida. El sujeto del inconsciente es más que una relación, es en sí mismo el rasgo que unifica el conjunto de los significantes. Lacan denomina a este elemento común, a este signo distintivo que se repite en cada uno de los acontecimientos significantes más allá de la diferencias, *rasgo unario*. La identificación simbólica consiste justamente en la emergencia del sujeto del inconsciente, entendida como la producción de un rasgo singular que se distingue cuando retomamos uno a uno todos los significantes de una historia. El sujeto del inconsciente es precisamente ese «sí mismo», olvidado en la cuenta. El sujeto del inconsciente está identificado con un rasgo, siempre el mismo, que jalona invariablemente una vida significativa y que, no obstante, está sustraído a la vida, rasgo ausente, exterior a esta vida, y que sin embargo lo marca para siempre.

IDENTIFICACIÓN IMAGINARIA

Está en el origen del yo: en el momento inaugural de este proceso

formador, denominado por Lacan, estadio del espejo; el yo es antes que nada un bosquejo, la huella que dejó en el niño una excepcional experiencia perceptiva. El yo-imaginario no se confunde con la conciencia de sí, ni con una de las tres instancias tópicas despejadas por Freud: yo, superyo, ello, sino que se define como una estratificación incesante de imágenes inscritas continuamente en el inconsciente. Tratándose del yo, la distinción interior-exterior queda abolida. Entre el yo que se nutre de imágenes y el mundo se extiende una dimensión imaginaria única, sin fronteras, en la cual el mundo y el yo son una sola y misma cosa hecha de imágenes.

SUPERYO

Instancia psíquica descrita por Freud en la segunda teoría del aparato psíquico. Con la desaparición del complejo de Edipo, aproximadamente a los cinco años, la interdicción de realizar el deseo incestuoso se transformará en el yo con un conjunto de exigencias morales y de prohibiciones que actuarán como una autoridad parental internalizada. Para Freud: «El superyo es el heredero del complejo de Edipo»; «El establecimiento del super-

yo puede considerarse como un caso de identificación, lograda con éxito, con la instancia parental». Pero la ley no prohíbe el deseo, la ley prohíbe el goce, es decir la plena satisfacción del deseo en el goce absoluto del incesto. Los tres aspectos que marcan el declinar del complejo edípico son: la renuncia a un goce prohibido, la exaltación del deseo por un goce imposible y la defensa de la integridad del yo no sólo contra la amenaza de castración, sino también contra el peligro del goce terrible del incesto.

Las dos categorías del superyo primordial: el superyo-conciencia y el superyo-inconsciente tiránico.

El primero es el superyo, asimilado a la conciencia, definición clásica que designa a la parte de nuestra personalidad que regula nuestras conductas, nos juzga y se ofrece como modelo ideal (influencia crítica de los padres y de modo progresivo de la sociedad en su conjunto). Este superyo, considerado a la luz de sus tres papeles de conciencia crítica, de juez y de modelo, representaría la parte subjetiva de los fundamentos de la moral, del arte, de la religión y de toda aspiración hacia el bienestar social e individual del hombre.

La otra categoría del superyo es el superyo inconsciente tiránico, instigador perverso que hechiza al yo con los encantos de un ideal de goce. Lacan dice: «El superyo es el imperativo del goce-¡Goza!». El yo, acosado por el empuje superyoico, llega a veces a cometer acciones de una rara violencia contra sí mismo o contra el mundo (homicidio, suicidio, autocastigo). Por ello, el superyo no sólo es el representante de una ley simbólica inconsciente (superyo primordial) sino también un semblante de ley, insensata y apremiante que ordena llevar el deseo hasta su último límite.

IDEAL DEL YO

En Freud resulta difícil delimitar un sentido unívoco del término «ideal del yo». Las variaciones de este concepto obedecen a que se halla íntimamente ligado a la elaboración progresiva de la noción de superyo y de un modo más general, de la segunda teoría del aparato psíquico. Así *En el yo y el ello* (1923), se tratan estos conceptos como sinónimos ideal del yo y superyo... «El ideal del yo [...] resulta de la convergencia del narcisismo (idealización

del yo) y las identificaciones con los padres, sus sustitutos y los ideales colectivos. Como instancia diferenciada, el ideal del yo constituye un modelo al que el sujeto intenta ajustarse».⁷

YO IDEAL

Para Lacan, el yo ideal constituye una formación esencialmente narcisista, que tiene su origen en la fase del espejo y que pertenece al registro de lo imaginario.

NOMBRE DEL PADRE

El Nombre del Padre, entendido como expresión del deseo de la madre o del deseo del niño, es llamado por Lacan metáfora paterna, es decir metáfora del deseo del niño atravesado por el deseo de la madre. Pero el Nombre del Padre no es sencillamente el lugar simbólico que puede o no ocupar la persona del padre, sino toda expresión simbólica, producida por la madre o producida por el niño, que represente la instancia tercera, paterna, de la ley de prohibición del incesto. El significante del Nombre del Padre es la respuesta siempre renovada a un llamado proveniente de un otro, de

⁷ Jean Laplanche y J.-B. Pontalis, *Diccionario de psicoanálisis*, Buenos Aires, Labor, 1971, p. 187.

un semejante exterior al sujeto. Si se verifica la operación forclusión, es decir: si el Nombre del Padre no surge allí donde se lo esperaba, le suceden en el paciente psicótico una serie de reorganizaciones de elementos simbólicos que trastornan las referencias habituales del espacio, del tiempo y que, fundamentalmente, perturban las representaciones relativas a su filiación.

FORCLUSIÓN

El concepto de forclusión es una construcción teórica que intenta explicar el mecanismo psíquico que está en el origen de la psicosis. Estas manifestaciones clínicas (alucinación, delirio, pasaje al acto) serían ocasionadas por un desorden en la simbolización de la experiencia de la castración. Esta ausencia de simbolización de la castración se expresará por una incertidumbre del paciente psicótico respecto de su identidad sexual y por una pérdida del sentido de realidad. A través del tiempo Lacan irá adoptando una posición teórica diferente según la cual la forclusión no recaerá sobre el Todo, sino sobre un significante: el del *nombre del padre*. La

forclusión es la no-respuesta a un mensaje o a una demanda que proviene de una persona en posición tercera respecto de la relación dual e imaginaria entre el sujeto y un semejante amado u odiado apasionadamente. La persona que llama a la emergencia del Nombre-del-Padre en el futuro psicótico es, según Lacan, *Un-padre*; es decir una persona «situada en posición tercera en cualquier relación que tenga por base la pareja yo-objeto».

ESTADIO DEL ESPEJO

Punto cardinal del pensamiento lacaniano, expuesto en 1936, intenta pensar el narcisismo primario y al mismo tiempo fundar una teoría de la antropogénesis del sujeto. «El niño, todavía en un estado de impotencia o incoordinación motriz, anticipa imaginariamente la aprehensión y dominio de su unidad corporal. Esta unificación imaginaria se efectúa por identificación con la imagen del semejante como forma total».⁸

Constituye el momento inaugural de la estructuración edípica, según un efecto de fase, que elimina

⁸ *Ibid.*, p. 150.

cualquier intento de ubicación genético-evolutiva.

La fase del espejo instaura una relación *dual*, en la forma de dependencia, matriz simbólica que marca todas las posteriores identificaciones y en la cual el Yo se precipita. El efecto más relevante de este estadio del espejo lo constituye la «vivencia gozosa» por la aparición de una «imagen completa» que anticipa una completud que la inmadurez del niño aún no posee. La imagen especular produce efectos estructurantes. Sus efectos son ilusorios en tanto allí se constituye una falsa unidad que inaugura un modo de Sujeto, un lugar omnipotente (Yo ideal) y una dialéctica de identificaciones conforme este modo alienante de «ser del otro». Desde aquí se instaura el Yo imaginario a partir de la mirada y de la palabra del otro, en una relación especular con la madre.

OTRO Y OTRO

«Otro», escrito con mayúscula, alude a un lugar y no a una entidad. Se habla de lugar para significar un orden de elementos significantes que son los que articulan el inconsciente y marcan la determinación simbólica del sujeto prefigurando

su ubicación desde el nacimiento. Es un sistema simbólico que determina la posición del sujeto.

El otro, con minúscula, no se refiere solamente al semejante, al prójimo, sino en el sentido de aquél que tenemos frente a nosotros, aquél que queda en la fascinación especular, primordialmente la madre.

DISCURSO

«El término *discurso* designa de manera rigurosa y sin ambigüedad la manifestación de la lengua en la comunicación viva. Tal como lo puntualiza Emilio Benveniste, se opone, por tanto al de *lengua* que abarca de ahora en adelante al lenguaje en tanto que conjunto de signos formales, estratificados en sucesivos escalones, formando sistemas y estructuras. El *discurso* implica, en primer lugar la participación del sujeto en su lenguaje mediante *el habla del individuo* [...] La lengua común a todos se convierte, en el discurso, en vehículo de un mensaje *único*, propio de la estructura particular de un sujeto dado que deja sobre la estructura obligatoria de la lengua la huella de un sello específico en que el sujeto viene marcado sin que sea consciente de ello [...] El discurso se convierte, a su vez, en

el campo privilegiado del psicoanálisis. ‘Sus medios –dice Lacan–, son los del habla en cuanto que confiere un sentido a las funciones del individuo; su dominio es el del discurso concreto en tanto que realidad transindividual del sujeto; sus operaciones son las de la historia en cuanto que constituye la emergencia de la verdad dentro de lo real’.⁹

«El discurso supone la existencia de la lengua como conjunto de estructuras fonológicas, morfológicas y sintácticas, que es el objeto de estudio de la lingüística [...] El discurso es la puesta en función de las estructuras de la lengua pero, además, el discurso está abierto... al sentido. Sentido que no podría existir sino para un sujeto».¹⁰ Por ello es necesario diferenciar el objeto de la lingüística que excluye la problemática subjetiva del discurso, del psicoanálisis que lo ubica en el centro de sus reflexiones.

SIGNIFICANTE

El término *significante* no designa cosa alguna de una realidad tangible y observable en modo directo; responde más bien a la necesidad del psicoanálisis de abstraer y formalizar determinados hechos –éstos sí observables– que se reproducen y se repiten con insistencia a lo largo de la vida. La primera referencia en la definición de un *significante* remite al advenimiento de una confusión reveladora de mi deseo; una confusión que se me ofrece, fuera de mí, como mi propia verdad. El *significante* puede ser una palabra, un gesto, el detalle de un relato,... un sueño; incluso un sufrimiento o también el silencio pueden remitir a una gran variedad de hechos con la estricta condición de que sean expresión involuntaria de un ser parlante. El valor formal de un *significante*, radica en su pertenencia a una serie de otros *significantes*. Por lo tanto *el significante jamás existe solo, es siempre uno entre otros*. Lacan dice: «un *significante* sólo es *significante* para otros *significantes*». Es decir que sólo

⁹ J. Kristeva, *El lenguaje, ese desconocido. Introducción a la lingüística*, Madrid, Fundamentos, 1988, pp. 18 y s.

¹⁰ Frida Saal y N. Braunstein, “El sujeto en el psicoanálisis, el materialismo histórico y la lingüística”, en *Psiquiatría, teoría del sujeto, psicoanálisis (hacia Lacan)*, México, siglo veintiuno editores, 1984, p. 93.

tiene valor, si forma parte de un conjunto de unidades idénticas a él, si es un acontecimiento necesariamente enlazado a otros acontecimientos del mismo orden. «En el significante y por medio del significante algo queda inscripto que es de otro orden... En el concepto de inscripción, de que algo queda inscripto en un significante, está involucrado el concepto de transposición, de deformación, de algo que queda sin inscribir, simplemente por el hecho de que se pase de un orden a otro orden [...] Hay una distancia esencial entre lo que se va a inscribir y el material que va a servir de soporte para esa inscripción [...] El significante inscribe algo que es una ausencia, aparece en lugar de la cosa, en sustitución de una ausencia; no se inscribe en realidad un existente [...] sino que lo que se inscribe es un ausente».¹¹

SIGNIFICADO

«Se lo ha definido como una carencia, una ausencia en el objeto perceptible que así se vuelve significante [...] El

significado [...] no existe fuera de su relación con el significante [...] Un significante sin significado es simplemente un objeto, *es* pero no *significa*; un significado sin significante es indecible, impensable, es lo inexistente [...] Deben considerarse dos aspectos complementarios de todo significado. El primero, de alguna manera vertical, nos es revelado en la relación necesaria que el significado tiene con el significante; esta relación indica el lugar del significado, pero no nos permite identificarlo positivamente: es lo que falta al significante. El segundo, que podríamos representar como horizontal, consiste en la relación de ese significado con todos los demás, en el interior de un sistema de [...] signos.»¹²

El psicoanálisis, a diferencia de la lingüística, introduce otro elemento entre significante y significado que es la barra de la represión o tachadura del sujeto, la cual permite la polisemia del significante, es decir, que la producción de sentido sea única y singular para cada sujeto hablante.

¹¹ H. Bleichmar, ... *op. cit.*, p. 29.

¹² O. Ducrot y T. Todorov, *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, México, siglo veintiuno editores, 1985, pp. 122 y s.

ENUNCIADO Y ENUNCIACIÓN

El sujeto del enunciado es el que actualmente hace uso de la instancia del discurso y, por lo tanto, está en una relación de exterioridad con respecto al sujeto de la enunciación. El sujeto del enunciado es un sujeto social de identidad designada por el exterior, es el lugar del código, de las reglas y de las leyes comunitarias. El sujeto de la enunciación, ausente en el enunciado, es reprimido y permanece en el inconsciente. La excentricidad proviene de que aquél que hace uso de la palabra, queda siempre excluido del contenido de ese mensaje, es lo no habla-

do y lo no dicho del mensaje. Hay una discrepancia entre el sujeto del enunciado y el de la enunciación. Tal discrepancia permite caracterizar la alteridad entre el discurso intencional del sujeto y otro discurso que se produce más allá de lo que intencionalmente manifiesta. El enunciado está organizado desde el código socialmente construido y compartido que el sujeto emite desde la conciencia. La enunciación se organiza desde el inconsciente y el sujeto que la emite habla del deseo sin saber que lo hace. Pero enunciado y enunciación son simultáneos en el discurso.



Bibliografía para el estudiante

- Benveniste, Émile, *Problemas de lingüística general*, vol. I y II, México, siglo veintiuno editores, 1984.
- Bleger, J., *Temas de psicología (entrevista y grupos)*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1977.
- Bleichmar, E., *El feminismo espontáneo de la histeria*, Madrid, Adotraf, 1985.
- Braunstein, N. (et al.), *La re-flexión de los conceptos de Freud en la obra de Lacan*, México, siglo veintiuno editores, 1983.
- Chasseguet-Smirgel, J. (1964), *La sexualidad femenina*, Barcelona, Laia, 1977.
- Ducrot, O. y T. Todorov (1972), *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, México, siglo veintiuno editores, 1985.
- Escobar, M.E., *Articulación del discurso materno en el síntoma. Un estudio sobre el discurso en psicoanálisis*, tesis de maestría, México, UNAM, 1981.
- Freud, Sigmund (1897), "Correspondencia a Fliess" (carta 79), en *Obras completas*, vol. I, Buenos Aires, Amorrortu, 1979.
- (1900), *La interpretación de los sueños*, vol. IV y V, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- (1901), *Psicopatología de la vida cotidiana (sobre el olvido, los deslices en el habla, el trastocar las cosas, confundido, la superstición y el error)*, vol. VI, Buenos Aires, Amorrortu, 1980.
- (1905a), *Tres ensayos de teoría sexual*, vol. VII, Buenos Aires, Amorrortu, 1980.
- (1905b), *El chiste y su relación con lo inconsciente*, vol. VIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1980.
- (1909), *La novela familiar de los neuróticos*, vol. IX, Buenos Aires, Amorrortu, 1980.

- (1913), *Tótem y tabú*, vol. XIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- (1915), *Lo inconsciente*, vol. XVI, Buenos Aires, Amorrortu, 1979.
- (1915-1917), *Duelo y melancolía*, vol. XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 1979.
- (1919), *Lo ominoso*, vol. XVII, Buenos Aires, Amorrortu, 1980.
- (1921), “La identificación”, en *Psicología de las masas y análisis del Yo*, cap. VII, vol. XVIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1979.
- (1923), *La organización genital infantil*, vol. XIX, Buenos Aires, Amorrortu, 1979.
- (194a), *El sepultamiento del complejo de Edipo*,... *ibid.*
- (1924b), *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos*,... *ibid.*
- (1925), *La negación*,... *ibid.*
- (1931), *Sobre la sexualidad femenina*, vol. XXI, Buenos Aires, Amorrortu, 1979.
- (1939), *Moisés y la religión monoteísta*, vol. XXIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1980.
- Gómez Pin, Víctor, *El reino de las leyes: orden freudiano*, Barcelona, siglo veintiuno de España editores, 1981.
- Granoff, W. y F. Perrier (1979), *El problema de la perversión en la mujer*, Barcelona, Crítica, 1980.
- Jakobson, Roman (1974), *Ensayos de lingüística general*, Barcelona, Ariel, 1984.
- Julien, Philippe, “La función paterna”, Seminario (transcripción de la versión oral en español), México, julio 1990.
- Kristeva, J., *El lenguaje, ese desconocido. Introducción a la lingüística*, Madrid, Fundamentos, 1988.
- , G. Michaud, J. Owry, M. David-Menard, J. Florence, y otros, *Las identificaciones. Confrontación de la clínica y de la Teoría de Freud a Lacan*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988.
- Lacan, Jacques, “El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”, en *Escritos I*, México, siglo veintiuno editores, 1981.
- , “La significación del falo”, en *Escritos I*,... *ibid.*
- , “La instancia de la letra o la razón desde Freud”, en *Escritos I*,... *ibid.*

- , “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”, en *Escritos I*,... *ibid.*
- , *Las formaciones del inconsciente*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1970.
- , *El deseo y su interpretación*,... *ibid.*
- (1961-1962), “La identificación” (Seminario IX), mimeo.
- Laplanche Jean, y J.-B. Pontalis, *Diccionario de psicoanálisis*, Barcelona, Labor, 1979.
- Leclaire, Serge, *Para una teoría del complejo de Edipo*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1978.
- Le Gall, André, *Padres e hijos hoy: la nueva función del padre en la sociedad actual*, Barcelona, Maracle, 1972.
- Lévi-Strauss, Claude, *Polémica sobre el origen y la universalidad de la familia*, Barcelona, Cuadernos Anagrama, 1974.
- Masotta, O. (1976), *Lecciones de introducción al psicoanálisis*, México, Gedisa, 1983.
- Mier, Raymundo, *Introducción al análisis de textos*, México, UAM-Xochimilco/Terra Nova, 1984.
- Miller, Jacques-Alain, “Teoría de la lengua (rudimentos)”, en *Analítica: para una problemática del sujeto*, núm. 1, diciembre, Venezuela, Ateneo de Caracas, 1979.
- Muldworf, Bernard, *La paternidad*, Madrid, Guadarrama, 1973.
- (1974), *Sexualidad y feminidad*, México, Grijalbo, 1980.
- Plá, J.C., “Sueño y tiempo de Freud”, en *A medio siglo de El malestar en la cultura de Sigmund Freud*, México, siglo veintiuno editores, 1981.
- Rabinovich, Diana, *Sexualidad y significante*, Buenos Aires, Manantial, 1986.
- Ramírez, Santiago, *El mexicano, psicología de sus motivaciones*, México, Grijalbo, 1977.
- Ross, D., Parke, *El papel del padre*, Madrid, Morata, 1981.
- Saal, Frida, “Algunas consecuencias políticas de la diferencia psíquica de los sexos”, en *A medio siglo de El malestar en la cultura de Sigmund Freud*,... *op. cit.*
- Safouan, Moustapha, *Estudios sobre el Edipo*, México, siglo veintiuno editores, 1981.
- Saussure, Ferdinand de (1906-1911), *Curso de lingüística general*, México, Nuevomar, 1982.

Sibony, Daniel, *El otro incastrable*, España, Petrel, 1981.
Sófocles, ‘La trilogía de Edipo’, en P. Mullany, *Edipo, mito y complejo*, Buenos Aires, El Atiso, 1953.
Verdiglione, A. (ed.) (1975), *El goce y la ley*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1985.

Bibliografía

- Althusser, Louis, *Freud y Lacan*, Barcelona, Cuadernos Anagrama, 1970.
- Álvarez Icaza, José, *Desintegración familiar*, México, Buena Prensa, 1967.
- Angulo y Pous, Guillermina, *Estudio comparativo entre un grupo de niños de familias integradas y un grupo de niños de familias desintegradas por separación o divorcio*, s.l, s.e, s.a.
- Assoun, Paul-Laurent (1976), *Freud. La filosofía y los filósofos*, Barcelona, Anagrama, 1982.
- Badinter, E. (1980), *L'amour en plus. Histoire de la amour maternel*, Paris, Flammarion, 1980.
- Barthes, Roland (1977), *Fragmentos de un discurso amoroso*, México, siglo veintiuno editores, 1983.
- Béjar Navarro, Raúl, *El mito del mexicano*, México, Orientación, 1971.
- Benavides Romero, M., *La madre soltera*, Guadalajara, Jalisco, s.e., 1972.
- Bermúdez, Ma. Elvira, *La vida familiar del mexicano*, México, Antigua Librería Robredo, 1955.
- Braunstein, N. (et al.), *Psiquiatría, teoría del sujeto, psicoanálisis (hacia Lacan)*, México, siglo veintiuno editores, 1980.
- Cabrano Álvarez, Margarita, *Investigación de la paternidad*, Villahermosa, Tabasco, Guadarrama, 1975.
- Delahanty, Guillermo, *Tabú del incesto*, col. Ensayos, México, UAM-XOCHIMILCO, 1982.
- Deleuze, Gilles y Felix Guattari (1972), *El Anti-Edipo*, Barcelona, Paidós, 1985.
- Doat, L. (1986), *El padre mexicano nombrado ausente*, tesis de doctorado en psicología, México, UNAM, 1986.
- Engels, Federico, *El origen de la familia. La propiedad privada y el Estado*, México, Ediciones Quinto Sol, s.a.

- Foucault, Michel (1976), *Historia de la sexualidad: 1. La voluntad de saber*, México, siglo veintiuno editores, 1977.
- Freud, Sigmund (1916-1917), “Conferencias de introducción al psicoanálisis (conferencia 23)”, en *Obras completas*, vol. xvi, Buenos Aires, Amorrortu, 1978.
- (1917), “Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal”, vol. xviii, Buenos Aires, Amorrortu, 1979.
- (1933), “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis (conferencia 33)”, vol. xxii, Buenos Aires, Amorrortu, 1979.
- (1933), “Por qué la guerra”,... *ibid.*
- (1893-95), *Estudios sobre la histeria (Breuer y Freud)*, vol. ii, Buenos Aires, Amorrortu, 1980.
- (1905), *Fragmento de análisis de un caso de histeria*, vol. vii, Buenos Aires, Amorrortu, 1980.
- (1906), *Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis*,... *ibid.*
- (1908), *Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad*, vol. ix, Buenos Aires, Amorrortu, 1980.
- (1908), *La moral sexual ‘cultural’ y la nerviosidad moderna*,... *ibid.*
- (1908), *Sobre las teorías sexuales infantiles*,... *ibid.*
- (1909), *Análisis de la fobia de un niño de cinco años*, vol. x, Buenos Aires, Amorrortu, 1980.
- (1909), *A propósito de un caso de neurosis obsesiva*,... *ibid.*
- (1918), “El tabú de la virginidad”, en *Contribuciones a la psicología del amor, iii*, vol. xi, Buenos Aires, Amorrortu 1980.
- (1910), “Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre”, en *Contribuciones a la psicología del amor, i*,... *ibid.*
- (1912), “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa”, en *Contribuciones a la psicología del amor, ii*,... *ibid.*
- (1911), *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente*, vol. xii, Buenos Aires, Amorrortu, 1980.
- (1914), *Introducción al narcisismo*, vol. xiv, Buenos Aires, Amorrortu, 1979.
- (1918), *De la historia de neurosis infantil*, vol. xvii, Buenos Aires, Amorrortu, 1979.

- (1920a), *Más allá del principio del placer*, vol. xviii, Buenos Aires, Amorrortu, 1979.
- (1920b), *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*,... *ibid.*
- (1923), “El yo y el super yo (ideal del yo)”, en *El yo y el Ello*, vol. xix, cap. iii, Buenos Aires, Amorrortu, 1979.
- (1924), *El problema económico del masoquismo*, vol. xix, Buenos Aires, Amorrortu, 1979.
- (1926), *Inhibición, síntoma y angustia*, vol. xx, Buenos Aires, Amorrortu, 1979.
- (1927), *El porvenir de una ilusión*, vol. xxi, Buenos Aires, Amorrortu, 1979.
- (1928), *Dostoievski y el parricidio*,... *ibid.*
- (1936), *Carta a Romain Rolland (una perturbación del recuerdo en la Acrópolis)*,... *ibid.*
- (1940), *Esquema del psicoanálisis*, vol. xxiii, Buenos Aires, Amorrortu, 1980.
- Fromm, Erich (*et al.*) (1970), *La familia*, Barcelona, Península, 1978.
- Jones, E., *Hamlet y Edipo*, Barcelona, Mandrágora, 1975.
- Juranville, A. (1983), “Psychanalyse et philosophie”, en *Ornicar?*, núm. 29, París, Navarin, 1984.
- Kofman, S. (1980), *El enigma de la mujer. ¿Con Freud o contra Freud?*, Barcelona, Gedisa, 1982.
- Kolteniuk, M., *Reflexiones sobre el antagonismo individuo civilización en El malestar en la cultura de Freud*, tesis de maestría en filosofía, México, UNAM, 1982.
- Kristeva, Julia, *Loca verdad*, España, Fundamentos, 1985.
- Lacan, Jacques (1959-60), *La ética del psicoanálisis (Seminario vii)*, Buenos Aires, Paidós, 1988.
- , *La familia*, Argentina, Homo Sapiens, 1977.
- , *Los escritos técnicos de Freud (Seminario i)*, Buenos Aires, Paidós, 1981.
- (1955-1956), *Las psicosis (Seminario iii)*, Buenos Aires, Paidós, 1981.
- (1956), “Las relaciones de objeto y las estructuras freudianas” (Seminario iv), mimeo.

- , *Los cuatro principios fundamentales del psicoanálisis* (Seminario XI), España, Barral Editores, 1977.
- Leclaire, Serge, *Matan a un niño*, Buenos Aires, Amorrortu, 1977.
- , *Desenmascarar lo real*, Buenos Aires, Paidós, 1982.
- Leñero, O. L. y Manuel Zubillaga, *Representaciones de la vida cotidiana en México*, México, IMES, 1982.
- Lévi-Strauss, Claude (1958), *Antropología estructural*, Buenos Aires, Eudeba, 1969.
- (1977), *La identidad*, Barcelona, Petrel, 1981.
- , *Las estructuras elementales del parentesco*, Buenos Aires, Paidós, 1969.
- Mannoni, Octave, *Freud: el descubrimiento del inconsciente*, Argentina, Nueva Visión.
- (1980), *Un comienzo que no termina*, Barcelona, Paidós, 1982.
- Masotta, O., *Ensayos lacanianos*, Barcelona, Anagrama, 1976.
- Miller, Jacques-Alain, *Recorrido de Lacan (ocho conferencias)*, Buenos Aires, Manantial, 1986.
- , *Cinco conferencias caraqueñas sobre Lacan*, Venezuela, Ateneo de Caracas.
- Milner, Jean-Claude (1978), *El amor por la lengua*, Buenos Aires, Nueva imagen, 1980.
- Nataren Benítez, D.L., *Efectos psicológicos producidos por la carencia de la figura paterna en adolescentes*, tesis de licenciatura, México, Facultad de Psicología, UNAM, 1983.
- Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, col. Lecturas Mexicanas, núm. 27, México, FCE/SEP, 1984.
- Rahman, Graciela, *La prohibición del hijo*, tesis de maestría en psicología, México, Universidad Iberoamericana, 1989.
- Ricœur, Paul (1965), *Freud. Una interpretación de la cultura*, México, siglo veintiuno editores, 1983.
- Rosolato, Guy, *Ensayos sobre lo simbólico*, Barcelona, Anagrama, 1974.
- Rulfo, Juan, *Pedro Páramo*, col. Lecturas Mexicanas, núm. 50, México, FCE/SEP, 1984.
- Safouan, Moustapha (1968), *El estructuralismo en psicoanálisis*, Buenos Aires, Losada, 1975.

- Salgado Domínguez, Rosa Ma., *Estudio sobre la formación del autoconcepto entre adolescentes procedentes de familias integradas y adolescentes de familias donde falta la figura paterna*, tesis de licenciatura, México, Facultad de Psicología, UNAM, 1983.
- SánchezHernández, Margarita, *Estudio comparativo de la imagen paterna en dos grupos de niños de diferente nivel socio-económico*, tesis de maestría en psicología, México, Gutenberg, 1963.
- Sánchez Azcona, J., *Familia y sociedad*, México, Cuadernos de Joaquín Mortiz, 1976.
- Sazbon, J. (ed.) (1976), *Saussure y los fundamentos de la lingüística*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1987.
- Vattimo, Gianni (1985), *Las aventuras de la diferencia. Pensar después de Nietzsche y Heidegger*, Barcelona, Península, 1986.



EL PADRE: LOS MODOS DE UNA AUSENCIA

de Lidia Fernández Rivas, Lilia Esther Vargas Isla y Graciela Rahman Pereminsky; número diecisiete de la colección LA LLAVE, obra editada por la DCSH de la UAM-X, se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2000. La producción estuvo a cargo de *Jason's Editores, S.A. de C.V.*, Mar Mediterráneo 211, Col. Popotla, México, D.F. El tiro consta únicamente de mil ejemplares impresos en papel bond de cincuenta kilos (interiores) y cartulina couché de doscientos diez gramos (cubiertas), y en su formación se utilizaron los tipos *times* (de ocho, diez, once, doce, trece, catorce y quince puntos) y *garamond* (de diez y once puntos.)

A partir del minucioso registro del discurso de una madre, las autoras desarrollan en este texto un análisis acerca del padre en la familia mexicana. Su objetivo es discriminar las modalidades de la ausencia paterna y mostrar el papel fundante de la palabra en la constitución del sujeto. El libro apunta, más allá de las concepciones tradicionales, a otra forma de entender el problema de la ausencia del padre y su lugar en la familia.

LIDA FERNÁNDEZ RIVAS, es psicóloga y profesora investigadora del Departamento de Educación y Comunicación (DEC) de la División de Ciencias Sociales y Humanidades (DCSH) de la UAM-X; es jefa del Área de Investigación, Subjetividad y Procesos Sociales; cursó estudios de posgrado en sociología en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y realiza trabajo de investigación e intervención en el campo de la salud mental.

LIA ESTHER VARGAS ISLA, es psicóloga y profesora investigadora del DEC de la DCSH de la UAM-X; pertenece al Área de Investigación, Subjetividad y Procesos Sociales; cursó estudios de posgrado en el Instituto Latinoamericano de Estudios de la Familia (ILEF) y realiza trabajo terapéutico y de investigación con familias.

GRACIELA SALVAMAN RESEMBADY (1950-1992), fue psicóloga y profesora investigadora del DEC de la DCSH de la UAM-X y coordinadora de la carrera en psicología; obtuvo el grado de maestría en la Universidad Iberoamericana; durante muchos años se dedicó al campo de la salud mental y fue, a lo largo de su breve y fecunda vida, una sensible poeta.